



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

**AUTONOMÍA INTELECTUAL Y POLÍTICA ANTE LOS
NACIONALISMOS EN AMÉRICA LATINA:
JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI Y JORGE CUESTA.**

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS.

PRESENTA

VÍCTOR HUGO LOZADA ILLESCAS

TUTOR: DR. HORACIO CERUTTI GULDBERG

INVESTIGADOR DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES
SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

MÉXICO, D.F.

MARZO DE 2014



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Comentario inicial

Introducción **1**

CAPÍTULO I: El problema de la autonomía intelectual y política **6**

1.1 El nacionalismo en América Latina y sus críticos.

1.2 La representación del intelectual independiente ante las estructuras estatales.

CAPÍTULO II: Historia local y crítica a los nacionalismos **28**

2.1 Antecedentes

2.2 José Carlos Mariátegui y la cuestión nacional.

2.3 Jorge Cuesta y la polémica nacionalista.

CAPÍTULO III: Nacionalismos y pensadores disidentes **68**

3.1 Autonomía intelectual y política en América Latina.

3.2 Los nacionalismos y su transformación histórica.

3.3 Conclusiones: Mariátegui y Cuesta como representantes del pensamiento independiente en América Latina.

Introducción

Este trabajo recoge algunas preocupaciones que fueron tratadas en mis estudios de maestría. Por ejemplo, me interesó analizar las diferencias entre los orígenes del discurso del nacionalismo económico y el proyecto cultural nacionalista en América Latina. También estudié, desde la experiencia histórica en la región, el comportamiento de sociedades contemporáneas que defienden las posturas nacionalistas en lo político-económico y no en sus preferencias culturales, optando por posturas globales.

Revisando los procesos políticos en Perú y México, conocí las obras de José Carlos Mariátegui y Jorge Cuesta que me ayudaron a comprender la complejidad de la cuestión nacional. En sus obras, me sorprendió encontrarme con interpretaciones coincidentes sobre los nacionalismos de su tiempo. De hecho, encontré no sólo concurrencias, también opiniones prácticamente idénticas contra el fenómeno nacionalista. Mariátegui y Cuesta no se conocieron y tampoco existe evidencia de que hayan tenido información de su trabajo intelectual. Ambos criticaron a sus nacionalismos cuando amplios sectores sociales tendían a exaltarlos. Sus predilecciones literarias de juventud los acercaron a posiciones cosmopolitas; pero

posteriormente, sus inclinaciones políticas los alejaron en dos senderos del internacionalismo distintos (el marxismo y el liberalismo, respectivamente).

A lo largo de las siguientes páginas me concentré en explicar las coincidencias de estos dos intelectuales contra los nacionalismos. Para lograrlo, era preciso comprender las diferencias en los procesos nacionalistas en México y Perú. En el caso peruano, Mariátegui se confrontó con un nacionalismo oligárquico, de carácter conservador. Por ejemplo, durante los años veintes del siglo pasado, el gobierno del presidente Augusto Leguía privilegió la presencia de expresiones culturales colonialistas-hispanistas, al mismo tiempo que el capital extranjero explotaba los recursos naturales del Perú. En sentido contrario a la ideología oficial, las convicciones políticas de Mariátegui -de inspiración marxista y con cercanía a amplios sectores populares- lo convirtieron en un lúcido crítico de los valores promovidos por el estado.

En México, Jorge Cuesta convivió con otro tipo de nacionalismo. El proyecto político-cultural surgido de la Revolución mexicana, posterior a la promulgación de la Constitución de 1917, configuró un discurso de perfil progresista, que pretendía integrar a grupos campesinos y trabajadores urbanos en su proyecto de nación. Como proyecto surgido del Estado mexicano, el nacionalismo se consolidó como el instrumento ideológico-

cultural oficial. Los gobiernos posteriores a la revolución retomaron el trabajo de distintos grupos artísticos y tendencias intelectuales, para dar forma a un proyecto político con grandes repercusiones y trascendencia internacional. El problema es que el naciente sistema político mexicano, con sus raíces autoritarias y demagógicas, no dio cabida a proyectos culturales disidentes. Ante esto, Jorge Cuesta construyó una postura política libertaria y laica.

Comprendo que la propuesta política-cultural de José Carlos Mariátegui es de mayor alcance que la de Jorge Cuesta. El primero ofrece un programa político y una interpretación crítica del marxismo ubicada en la realidad andina. El segundo, articula una reacción solitaria ante el dispositivo ideológico de legitimación del nuevo sistema político. Como mencioné al inicio de esta introducción, mi interés radicó en explicar, a partir de la historia de ambos países, el modo en que los dos escritores enunciaron una crítica similar ante modelos políticos hegemónicos, autoritarios y excluyentes. El poder de los nacionalismos durante el siglo XX, entendidos como instrumentos de dominación política e ideológica, es incuestionable. De ahí que a lo largo de este proceso de investigación me planteara las siguientes preguntas: ¿sólo una crítica tan radical, como la de estos dos escritores latinoamericanos, hace posible una autonomía intelectual y moral ante los poderes institucionales? ¿Son posibles nuevos modos de

independencia relativa que devuelvan el activismo y la presencia pública a los grupos intelectuales?

Considero que independientemente de la afinidad que se pueda tener respecto a las ideas políticas de Mariátegui y Cuesta, su valía se muestra en la creación de dos procesos de independencia intelectual ante los modelos nacionalistas de su época, los cuales ofrecían una visión reducida y distorsionada de la realidad social. Modelos a los que Antonio Candido nombró, en sus estudios sobre literatura brasileña, nacionalismos deformantes.

Bajo el contexto mencionado, en el primer capítulo de esta tesis, presento una valoración de los enfoques con los que se interpreta el nacionalismo en América Latina. Asimismo, hago una revisión general de las funciones de los intelectuales, desde el periodo independiente, así como de las dificultades para crear espacios propicios para su autonomía frente al poder político.

En el segundo capítulo, a partir de una revisión histórica de los procesos económicos en el Perú y México, expongo los argumentos con los que José Carlos Mariátegui y Jorge Cuesta critican a sus respectivos nacionalismos.

En el tercer y último capítulo, refiero el estado actual de los nacionalismos, así como su influencia en las prácticas culturales y los márgenes de

autonomía que amerita el pensamiento independiente en los países de nuestra América.

Finalmente, quiero agradecer el apoyo y generosidad incondicional de mi asesor, el Dr. Horacio Cerutti Guldberg. Del mismo modo, agradezco a los integrantes de mi jurado, quienes me ayudaron con su atenta lectura y comentarios: los doctores José María Calderón, Gerardo de la Fuente, Margarita Vargas y Roberto Mora.

También quiero recordar a mi familia, a mis amigas y amigos que me ayudaron, de muchas formas, a la conclusión de esta etapa.

Capítulo I: El problema de la autonomía intelectual y política

Los elementos de la nacionalidad en elaboración no han podido aún fundirse o soldarse. La densa capa indígena se mantiene casi totalmente extraña al proceso de formación de esa peruanidad que suelen exaltar e inflar nuestros sedicentes nacionalistas, predicadores de un nacionalismo sin raíces en el suelo peruano, aprendido en los evangelios imperialistas de Europa, y que, como ya he tenido oportunidad de remarcar, es el sentimiento más extranjero y postizo que en el Perú existe.

José Carlos Mariátegui, "¿Existe un pensamiento hispanoamericano?".

Nuestra tradición, nuestro carácter originales (sic) se han visto contradichos inmediatamente por las normas culturales importadas de Europa, sólo por esta razón: como la primera de estas normas, a que todas las demás están subordinadas, ha sido la idea nacional, ha resultado que, tratando de expresar una nacionalidad mexicana, se ha desconocido nuestro carácter auténtico, que no es el carácter de una nacionalidad. La nación mexicana ha tenido una existencia puramente convencional y política; no obedece a una razón constitucional verdadera...

... La idea más infecunda en el arte y la literatura mexicanos ha sido la idea nacional. Las obras nacionalistas no han logrado otra cosa que imitar servilmente a los nacionalistas de Europa. El nacionalismo mexicano se ha caracterizado por su falta de originalidad, o, en otras palabras, lo más extranjero, lo más falsamente mexicano que se ha producido en nuestro arte y nuestra literatura, son las obras nacionalistas.

Jorge Cuesta, "La nacionalidad mexicana".



El nacionalismo en América Latina y sus críticos

En este trabajo pretendo abordar el tema de los nacionalismos latinoamericanos. También procuro revisar algunas de sus repercusiones en el terreno político e intelectual del siglo XX. Para lograr este objetivo, acudo al trabajo ensayístico del escritor peruano José Carlos Mariátegui (1894-1930) y del poeta mexicano Jorge Cuesta (1903- 1942). La experiencia de estos intelectuales me parece significativa porque en sus obras dejan un testimonio sobre el conflictivo oficio de pensadores independientes, en un entorno dominado por ideologías oficiales: los nacionalismos de su tiempo.

El nacionalismo contemporáneo es un tema que, como afirma el historiador Eric Hobsbawm, ha sido tratado con gran vaguedad por la historia oficial. Por otra parte, ante las insuficiencias de las historias oficiales nacionales, la historiografía latinoamericanista no termina de agotar las perspectivas para revisar la *cuestión nacional*. Este trabajo procura recuperar, desde el contexto específico de los autores estudiados, el sentido del debate por los nacionalismos en nuestra América.

Como suele suceder con los conceptos usados para el análisis político, el nacionalismo es elusivo: remite al contexto en el cual se le emplea y exige analizar a los grupos sociales que lo aplican en sus discursos. Su estudio requiere un tratamiento complejo, pues en él se entrecruzan mitos fundacionales, pasiones políticas y proyectos culturales vinculados a la sensibilidad social. Estos elementos no pueden obviarse bajo ninguna circunstancia.

El nacionalismo y sus problemas inherentes se presentan de forma confusa, debido a sus distintos usos políticos. En la historia de América Latina aparece, generalmente, como portador de valores sociales y culturales que defienden el legítimo interés colectivo; en otras experiencias históricas se le encuentra como discurso ideológico, depositario de "valores nacionales", aunque veladamente represente intereses políticos o privados. El nacionalismo es generalmente una estrategia política defensiva ante los embates o expansión de otro país; pero también evidencia pasiones políticas que procuran ostentar la unidad de una comunidad determinada, privilegiando a ciertos grupos sociales y excluyendo a otros. Benedict Anderson señala en su clásico estudio, *Las comunidades imaginadas*, el poder político de los

nacionalismos respecto a su pobreza e incoherencia filosófica. El nacionalismo es arma con doble filo y sin puño.¹

El nacionalismo puede estudiarse, en su calidad de artefacto cultural o como ideología política en pugna con otras, revisando a los grupos de interés político que expresan proyectos políticos, económicos y culturales que amerita, desde su perspectiva, el destino de una nación. Un ejemplo es la polémica de 1932, en la cual diversos actores de la cultura manifiestan en periódicos y revistas el sentido ideológico que deben asumir las letras mexicanas, con grandes repercusiones para las generaciones de escritores posteriores. Las querellas nacionalistas influyen en la historia, más allá de sus intereses originales. Por tal razón, este trabajo intenta acercarse a los nacionalismos a través de los argumentos expuestos en las polémicas por la nación, también analizando sus consecuencias en la política y cultura.²

1. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

2. Ernest Gellner propone entender al nacionalismo como la congruencia establecida entre las estructuras políticas y la sociedad: "Esta nueva importancia de una cultura compartida es lo que hace que las personas se vuelvan nacionalistas: la congruencia entre su propia cultura y las burocracias políticas, económicas y educativas que los rodean se transforma en el hecho más singular de sus vidas. Deben preocuparse por su congruencia, por su logro o su protección: y ello las hace ser nacionalistas. Su

Por otra parte, el tema de la autonomía intelectual en América Latina muestra problemáticas particulares. Desde el nacimiento de los estados latinoamericanos en el siglo XIX, la relación de los intelectuales con los aparatos de poder es compleja. El nacionalismo representa un problema para artistas e intelectuales preocupados por mantener una independencia moral y estética ante las presiones de los poderes políticos y económicos. El crítico literario Guillermo Sheridan lo explica de la siguiente manera:

En las culturas latinoamericanas, en las que el ejercicio de la vida literaria tiende a emular los procedimientos políticos (se organiza en bandos, se afilia a un partido, tiende a fortalecerse con la autoridad política o, peor aún, como autoridad política, etc.) se arraigó desde el periodo independiente la costumbre –dictada por su precariedad– de que los escritores se organizaran en grupos literarios que aspiraban a representar o a acompañar al poder político. Se trataba de un ‘poder’ titubeante y constreñido quizás (la educación; el servicio exterior) o bien al de la prensa, un poder que se ostentaba a cambio de otorgar

primera inquietud política debe ser que son miembros de una unidad política que se identifica por su idioma, que garantiza su perpetuación, su empleo, su defensa. Esto es el nacionalismo.” Ernest Gellner, *Encuentros con el nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1994, p. 10.

legitimidad a las facciones políticas por las que los escritores habían sido reclutados o a las que se habían adherido. Podían entonces beneficiarse de la suerte de esas facciones, o bien, padecer su desgracia. El pacto resultante, tensado por el juego de la lealtad política, constreñía la libertad crítica y creativa limitando el espectro temático de lo literaturizable, favoreciendo unos asuntos sobre otros, y restringiendo la expresión a los moldes de una retórica que, o se asumía tácitamente (la retórica 'revolucionaria' en México de los treintas), o acataban una orden del poder político el famoso 'apartado VII' del Partido Comunista de la Unión Soviética, que proclamó el *realismo socialista* como el único proceder válido para expresar la revolución).³

Ante las problemáticas mencionadas, este estudio pretende revisar el modo en que Mariátegui y Cuesta articularon posturas críticas para delimitar, con las particularidades históricas de cada caso, su actividad intelectual respecto a los intereses políticos nacionalistas. Desde este punto de partida, surgen preguntas obligadas: ¿Cómo son posibles en nuestra América procesos de autonomía política e intelectual relativa ante los poderes? ¿Cuáles son las condiciones históricas que hacen coincidir las opiniones de un marxista latinoamericano y un liberal

3. Guillermo Sheridan, *México en 1932: La polémica nacionalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 16-17.

independiente respecto a los efectos del nacionalismo en nuestros países? ¿Por qué en las sociedades contemporáneas los sectores progresistas latinoamericanos optan por no ser nacionalistas en el ámbito cultural pero sí en lo político-económico? Estas interrogantes están presentes en las próximas páginas.

Hay una cualidad en las obras de Mariátegui y Cuesta digna de mención: su destreza en el género ensayístico. A propósito de ese tema, existe un escrito de Gabriel Zaid dedicado a Alfonso Reyes, "La carretilla alfonsina", donde cuenta una leyenda urbana. Se trata de una persona que solía llevar, de manera sospechosa, materiales en una carretilla de un lugar a otro. Los inspectores en turno observaban al carretillero misterioso. Una y otra vez registraron los materiales, pero nunca hallaron evidencia de delito. Ante la inutilidad de sus esfuerzos, él siempre se despedía con triunfal cinismo. Los inspectores nunca entendieron que robaba carretillas. Zaid sugiere que el sentido de la obra de Reyes coincide con esta historia. Sus ensayos acarrear comentarios sobre un montón de temas. Ante sus capacidades, los inspectores académicos notan las limitaciones de sus fuentes, su formación insuficiente y su mediano conocimiento del griego. Reyes y su carretilla atraviesan fronteras disciplinarias y barreras universitarias,

transgrediendo los protocolos institucionales del saber. Zaid dice que los inspectores no aprecian el verdadero valor de la labor de Reyes: su prosa prodigiosa. Por eso podemos compararlo con un obrero del lenguaje que acarrea y da forma a los materiales del "centauro de los géneros".

Considero que las obras de Mariátegui y Cuesta tienen un funcionamiento semejante al señalado por Zaid. Ninguno de ellos es un producto puro de la academia. Su disciplina autodidacta les permite un desenfado ante las convenciones de las capillas políticas y culturales. Sus ensayos tienen una espontaneidad y vigor originados en esa independencia original, manejándose con prosas atentas a la vanguardia literaria de su tiempo. Incluso, los límites de su labor no sólo son entendibles por sus vidas breves y complicadas (cuyas muertes acontecen en plenitud intelectual, mucho antes de los cuarenta años de edad), sino en las precarias condiciones con que sostienen sus convicciones políticas. Aún en momentos de censuras y presiones políticas mantuvieron firme su autonomía, saliendo de las pautas institucionales que prometen el reconocimiento público y otros beneficios. Se trata de un periodista-militante-intelectual y, por otro

lado, un químico-polemista-poeta que, muy a su estilo, acarrear en sus carretillas dos admirables testamentos de la crítica latinoamericana.

Para una comprensión adecuada del lugar que ocupan las obras de Cuesta y Mariátegui en la crítica a los nacionalismos, propongo una revisión general del proceso histórico de la función de los intelectuales en América Latina. Las siguientes páginas procuran aproximarse a tal proceso.

La representación del intelectual independiente ante las estructuras estatales

La conformación de los estados nacionales en América Latina fue un proceso abrupto. La primera mitad del siglo XIX se caracterizó por la desorganización política, pues los grupos políticos en el poder no contaron con las condiciones necesarias para restablecer el orden social. En el caso de México y Perú, la imposibilidad para organizar su vida económica y política tuvo consecuencias desastrosas. Ambos países perdieron una parte importante de su territorio en conflictos armados con sus vecinos (la Guerra contra los Estados Unidos y la Guerra del Pacífico contra Chile, respectivamente). Después de estos episodios, mexicanos y peruanos experimentaron diferentes modelos políticos de organización que resultaron accidentados, insuficientes y, generalmente, fallidos.

Los países latinoamericanos contaron con facciones políticas, provenientes del periodo de guerras independentistas, que procuraron la organización de los nuevos estados. En todos los casos, se encontraron con la agudización de los problemas heredados de la etapa colonial:

desintegración política, falta de comunicación entre las regiones y las autoridades. Marcos Kaplan traza un breve panorama de esta situación:

Con la emancipación de América Latina, pierde aquella unidad política y administrativa que de modo formal y precario gozara en la era colonial y termina por fragmentarse en dos decenas de repúblicas independientes y divorciadas entre sí. El atraso heredado, la perduración de las estructuras arcaicas, el desarrollo capitalista incumplido o insuficiente, la consiguiente generación de tendencias centrífugas de todo tipo, la dependencia externa, la acción deliberada de las grandes potencias contribuyen poderosamente a crear y consolidar esta división, que subsiste hasta la fecha.⁴

En el segundo tercio del siglo XIX se produce una profunda modificación de la dinámica social. Las clases dirigentes que conducen a los nuevos estados nacionales, consideran necesario el apoyo de los especialistas para crear un nuevo modelo de organización. Para lograr la unidad de las nuevas naciones es preciso crear un esquema civilizatorio, proponer modelos de conciencia social, exponer ejemplos de comportamiento y lealtad civil (tarea que asume, por ejemplo, la literatura romántica). Las

4. Marcos Kaplan, *Formación del Estado nacional en América Latina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983, p. 129.

personalidades cultas de los países independientes son quienes procuran sostener las bases de un pacto social. Estos intelectuales crean leyes, escriben obras literarias, polemizan y organizan la vida cultural. Hacen estos esfuerzos con una vocación nacionalista, entendida en este contexto como una postura en defensa de los intereses locales, preocupada por el porvenir y la solidez de su estructura nacional.

En un clásico de los Estudios Latinoamericanos, *La ciudad letrada*, Ángel Rama describe la nueva posición que adquieren los letrados después de las guerras de independencia. Al prescindir del poder de la Corona, los intelectuales de América Latina encontraron nuevos escenarios para desempeñar sus funciones, adquiriendo así una autonomía relativa pero encontrando nuevos problemas. Desempeñan actividades privilegiadas, ya sea apoyando a los nuevos caudillos militares, en los periódicos, en el magisterio o en el servicio exterior. A partir de un trabajo institucional o ejerciendo la crítica política, los intelectuales –principalmente en la vertiente liberal-, contribuyen a la construcción de las naciones. Su actividad es también un modelo para la construcción de una pieza política fundamental: la ciudadanía.

El texto de Rama analiza con profundidad a la clase intelectual a partir del proceso histórico de sus funciones sociales. En las ciudades latinoamericanas, los letrados tienen un papel ambivalente. Por un lado, son creadores de signos de saber que, a través de mecanismos institucionales, los convierten en actores necesarios de la sociedad. Por otra parte, se conforman como un grupo compacto que a través de esa misma institucionalidad se mantiene distante, apartados de otros sectores sociales (la lectura de la *Biblia* fue una actividad restringida a una élite hasta muy entrado el siglo XIX). Ciertamente, algunos intelectuales diseñan ideologías y proyectos culturales para legitimar al poder político, mientras que otros realizan proyectos emancipatorios, preocupados por la igualdad social. De esta ambivalencia, se desprende la diversidad de temáticas y posturas políticas que los intelectuales convertirán en las grandes disputas nacionales.

A finales del siglo XIX y a comienzos del XX se intensifican las ideas para reivindicar a los sectores populares a través de reformas económicas, la participación política y el derecho a la educación. Al respecto, Rama sostiene que "La fórmula 'educación popular + nacionalismo' puede traducirse sin más por 'democracia

latinoamericana'. Dado que fue estentórea consigna de la emancipación y resonó por todo el siglo XIX, aunque bastante retóricamente".⁵

Con la Revolución mexicana se radicalizan las demandas sociales y culturales de la población. En los tiempos posteriores a la convulsión revolucionaria, los protagonistas de la ciudad letrada participan en el diseño de políticas públicas para "democratizar el conocimiento y la cultura". Sus aspiraciones tienen una resonancia en el resto de nuestra América. Con la obra cultural de José Vasconcelos como paradigma, los intelectuales latinoamericanos participan en el sueño de abatir la falta de instrucción, entendida en el nuevo lenguaje como analfabetismo. El resultado histórico de esta empresa es bien conocido: un rezago educativo que en la actualidad parece difícil de abatir. Salvo el caso de la República de Cuba, no se ha podido socializar el espíritu letrado. A pesar de ello, sostiene Rama, en las diferentes ciudades latinoamericanas se pueden rastrear las huellas históricas de los letrados, plasmadas en sus obras ideológicas-culturales.

Con la ampliación de sus actividades, los intelectuales latinoamericanos enfrentan la necesidad de asumir actitudes claras en su entorno

5. Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del norte, 1984, p. 147.

cultural. Tienen que optar entre posturas políticas, modelos civilizatorios, adscripción a grupos políticos y sus modos de difundir la cultura. Un ejemplo de ello se da cuando deben decidir sobre el proyecto cultural nacional por defender. Es hasta el primer tercio del siglo XX cuando se desarrollan los primeros debates entre los nacionalistas y los defensores de otras opciones, como el cosmopolitismo cultural. Son los tiempos en que aparecen las obras Mariátegui y Cuesta interviniendo en esas polémicas.

Para entender la articulación de las disputas nacionalistas, es preciso tomar en cuenta el proceso histórico de los esfuerzos internacionalistas en la región. En un interesante ensayo, el hispanista francés Noel Salomon explica el modo en que los términos "cosmopolitismo" e "internacionalismo" fueron entendidos en América Latina durante el periodo de 1880 hasta 1940. Salomon analiza la forma en la que esos vocablos fueron interpretados en el siglo XIX como equivalentes, aunque posteriormente se entendieron como conceptos opuestos al nacionalismo, con un significado radicalmente negativo. Sostiene que las palabras "cosmopolita" e "internacional" guardaron casi siempre significados cercanos y positivos hasta 1900. Los primeros proyectos de unificación de América Latina se entendieron como esfuerzos

internacionales. José Martí representa el ejemplo del intelectual preocupado por la unidad hispanoamericana tomando en cuenta el peso de la historia, respetando las diferencias de las "naciones en potencia". El sueño de la integración estaba sustentado en la comprensión de las historias locales, articuladas en pos de un ideal supranacional.

Las relaciones y correspondencias internacionales resultan inevitables. Después de mencionar la presencia en América Latina del internacionalismo obrero, agrupaciones de comerciantes y algunas asociaciones políticas socialistas en el siglo XIX, Salomon afirma:

era necesario que el internacionalismo brotase del interior mismo de los países americanos para que no fuera percibido como opuesto al nacionalismo. Sea como fuere, el utópico sueño 'internacionalista' (más bien 'cosmopolita' en el sentido etimológico) de una gran sociedad universal pacífica (excluyendo toda violencia) y humanitaria, libre de todo fanatismo, o de cualquier prejuicio particularista, existió en algunas conciencias latinoamericanas a fines del siglo XIX y principios del XX.⁶

6. Noel Salomon, "Cosmopolitismo en internacionalismo (desde 1880 hasta 1940)", en Leopoldo Zea (Coord.), *América Latina en sus ideas*, México, UNESCO/ Siglo XXI, 1986, p.180.

Aunque Martí se hubiera referido con menosprecio a las importaciones políticas, jurídicas y culturales copiadas pasivamente de los modelos europeos y estadounidenses, Salomon señala que es hasta 1900 cuando el término cosmopolitismo adquiere un sentido despectivo. Con la publicación de *Ariel*, del intelectual uruguayo José Enrique Rodó, aparecen los primeros fundamentos contra la llamada "confusión cosmopolita". Al tratar a los Estados Unidos de América, Rodó sostiene que el cosmopolitismo propicia la falta de una tradición histórica y un mal entendimiento de la democracia, elementos que obstaculizan la creación de una verdadera conciencia nacional. Considera que el origen heterogéneo de los migrantes, sumado a su condición inculta, dificulta las bases de un auténtico proyecto de nación. Rodó hace más complejo, al introducir el factor migratorio, un elemento adicional en el modelo de oposición "civilización-barbarie". Estas convicciones influyen durante mucho tiempo en el imaginario nacionalista. Estos prejuicios fomentan la discusión entre los defensores del nacionalismo y un cosmopolitismo de "signo negativo".

Noel Salomon muestra cómo la postura de Rodó se contrapone con el planteamiento realizado años después por Alfonso Reyes. En *Última Tule*, Reyes expone los argumentos que le llevan a sostener que el

internacionalismo cultural no se contrapone necesariamente con un proyecto nacionalista, como el vasconcelista. Para Reyes, el internacionalismo americano es un elemento positivo. Lo considera como una condición de riqueza cultural. Los europeos desconocen América, mientras que los americanos conocen a Europa desde la escuela primaria. Nuestro "internacionalismo connatural" es un elemento que contribuye a la síntesis de una inteligencia colectiva con inclinación pacifista. Al respecto, Salomon sostiene que la posición de Reyes

tiene la ventaja de mostrarnos nítidamente cómo el verdadero internacionalismo en la cultura se opone al cosmopolitismo de signo negativo. Para ser verdaderamente internacionalista, una corriente cultural en América tiene que ser creadora, al valerse de los legados que recibió o recibe de otros continentes y especialmente de Europa dadas las circunstancias históricas (época colonial, emigración). Esto significa que sin negarse a asimilar influencias –no existe cultura por el mundo que no haya recibido influencias- debe ser profundamente continental y nacional.

Esta consideración nos lleva a la idea de que debe y puede existir un equilibrio, e incluso una relación dialéctica entre nacionalismo e internacionalismo, tratándose de internacionalismo obrero o de

internacionalismo cultural (al cual muchos llaman confusamente cosmopolitismo).⁷

El texto de Salomon nos ayuda a entender cómo funciona en la región el prejuicio contra las influencias culturales externas, sean llamadas internacionalistas o cosmopolitas. Mientras que José Enrique Rodó considera que la falta de un criterio selectivo de lo externo genera un cosmopolitismo negativo, Alfonso Reyes sostiene que el pasado común sustenta una mentalidad americana tan arraigada en la tierra como en una postura “naturalmente internacionalista”. Ambos autores se encuentran preocupados por el potencial de las sociedades y la cultura en las nuevas naciones latinoamericanas. A pesar de esta diferencia, Rodó y Reyes coinciden en su oposición a la presencia de aquellos elementos externos (cosmopolitas) que se someten a modelos exóticos y no enriquecen el proceso civilizatorio nacional.

A partir de distintas evidencias históricas, Salomon considera que “la actitud internacionalista, en equilibrio con el ideal nacional, fue común entre muchos intelectuales latinoamericanos por aquellos años de 1925-1935.” Es en este periodo, precisamente, en el cual se generan las

7. *Ibid.*, p.189.

críticas sugerentes de Mariátegui y Cuesta a los nacionalismos. Por lo mismo, considero de interés analizar algunos argumentos proferidos en las polémicas entre los defensores del nacionalismo contra los proyectos culturales cosmopolitas e internacionalistas.

Del mismo modo, se toma en cuenta que los defensores del cosmopolitismo también discutieron con un nacionalismo al cual le adjudicaron un sentido despreciativo. A mitad de los años veinte del siglo anterior (en pleno apogeo del nacionalismo cultural mexicano), surge la primera generación de creadores latinoamericanos que critican ácidamente a los nacionalismos, valorándolos también con un "signo negativo". La razón por la que surge tal generación de escritores se debe a la magnitud del proyecto vasconcelista. La Revolución mexicana y el aparato ideológico-cultural surgido de ella repercuten a escala continental. En México se experimenta un ánimo nacionalista, traducido en apoyos estatales y programas gubernamentales, se convierte en proyecto oficial. Los programas educativos y culturales se encuentran ligados con los ideales de un nuevo nacionalismo. Por esa razón, las propuestas culturales con intereses más allá de la perspectiva nacionalista se sienten relegadas de los centros de cultura.

Los cosmopolitas e internacionalistas latinoamericanos buscan modelos culturales en las vanguardias europeas de la época, conforme a sus convicciones políticas y culturales (el surrealismo, el realismo socialista, el futurismo o las posturas estéticas del “arte por el arte”); por eso declaran su distancia respecto a los efectos y hegemonía del nacionalismo en expansión.

El crítico Jorge Schwartz señala la importancia de entender la tensión que históricamente opone a nacionalistas y cosmopolitas, tomando en cuenta que esta polémica se expresa de distintas formas en América Latina:

El conflicto entre ‘nacionalismo’ y ‘cosmopolitismo’ es tal vez la polémica cultural más constante y compleja del continente latinoamericano. Acentuada todavía más por el hecho de que los intelectuales y artistas de la región han cobrado mayor conciencia de su alteridad en relación con los pueblos que los colonizaron, emergiendo de ahí una imperiosa necesidad de afirmar sus especificidades. Ya son clásicas estas palabras de Antonio Candido: ‘Si fuese posible establecer una ley de evolución de nuestra vida espiritual, podríamos tal vez decir que toda ella se rige por

la dialéctica del localismo y del cosmopolitismo, manifestada de las maneras más diversas'.⁸

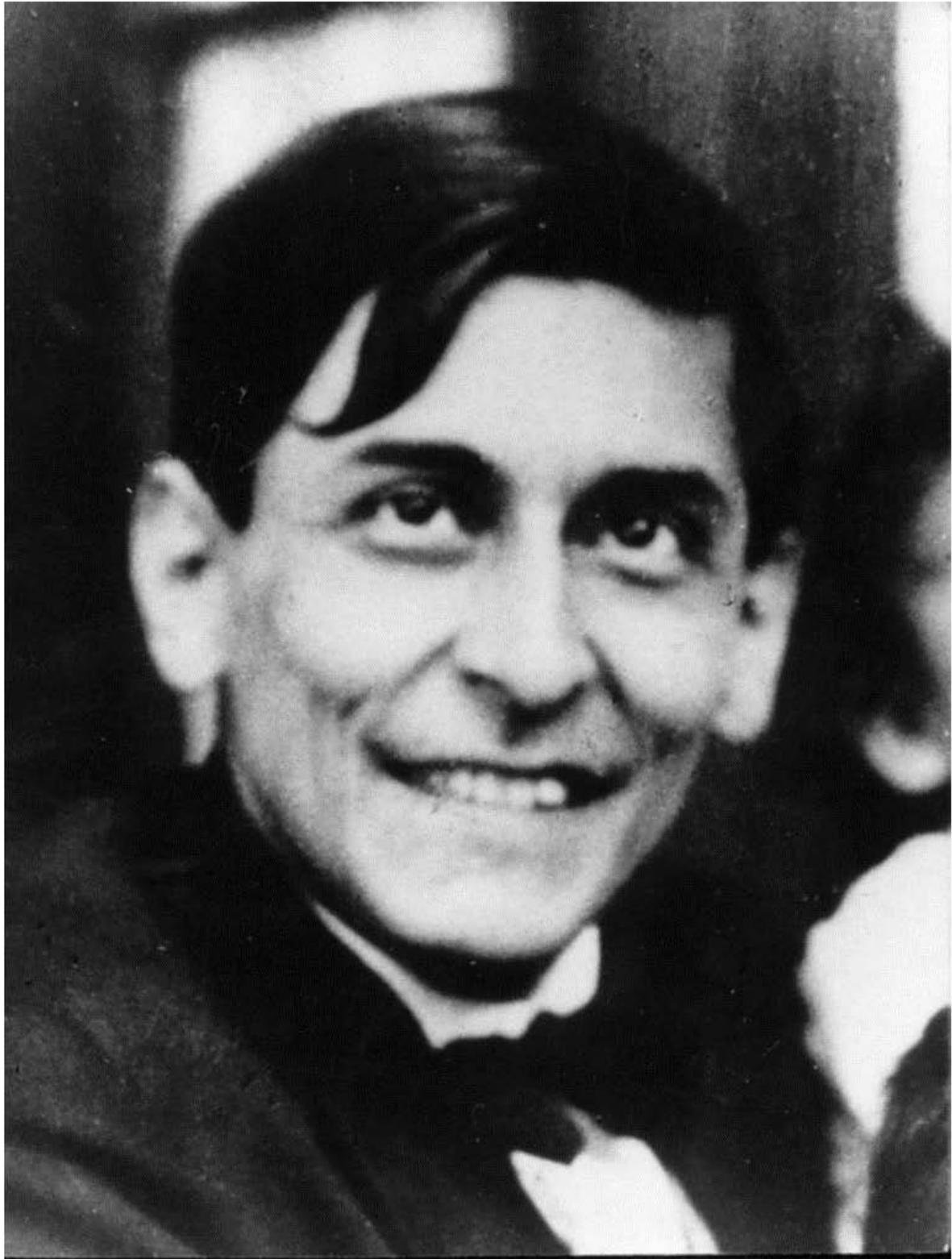
En las siguientes páginas se procura seguir los argumentos de dos ilustres opositores a la razón estatal, revisando su postura crítica a los nacionalismos en la región.

8. Jorge Schwartz, *Las vanguardias latinoamericanas*. Textos programáticos y críticos, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 531.

Capítulo II: Historia local y crítica a los nacionalismos

He encontrado días pasados una curiosa confirmación de que lo verdaderamente nativo suele y puede prescindir del color local; encontré esta confirmación en la *Historia de la Declinación y caída del Imperio Romano*, de Gibbon. Gibbon observa que en el libro árabe por excelencia, en el *Alcorán*, no hay camellos; yo creo que si hubiera alguna duda sobre la autenticidad del *Alcorán* bastaría esta ausencia de camellos para probar que es árabe. Fue escrito por Mahoma, y Mahoma, como árabe, no tenía por qué saber que los camellos eran especialmente árabes; eran para él parte de la realidad, no tenía por qué distinguirlos; en cambio, un falsario, un turista, un nacionalista árabe, lo primero que hubiera hecho es prodigar camellos, caravanas de camellos en cada página; pero Mahoma, como árabe, estaba tranquilo: sabía que podían ser árabes sin camellos. Creo que los argentinos podemos parecernos a Mahoma, podemos creer en la posibilidad de ser argentinos sin abundar en el color local.

Jorge Luis Borges, "El escritor argentino y la tradición".



Antecedentes: el proceso de la economía en tiempos de Mariátegui y Cuesta

América Latina entra al siglo XX con la ilusión de la modernidad. Estancados en el papel de proveedores de materias primas para los países centrales, los modelos de desarrollo en la región encuentran diversas y agudas dificultades. En particular, México y Perú pretenden mejorar su estrategia de modernización, con plena conciencia de su vulnerabilidad por las condiciones de la economía internacional.

Se trata de economías fundamentalmente agrarias, especializadas en el modelo primario exportador. Es hasta la segunda década del siglo cuando las revueltas sociales logran convertir sus reclamos en políticas económicas para un beneficio *nacional*. Además, el contexto político internacional permite pensar en la posibilidad de un desarrollo industrial autónomo. En los tiempos posteriores a la Primera guerra mundial, los países latinoamericanos que cuentan con mayores índices de desarrollo perciben la desaceleración en las exportaciones de materias primas. Por lo anterior, con el descenso en las importaciones de los productos provenientes de los países centrales, entra en crisis el primer momento de la industrialización en nuestros países.

Durante el primer tercio del siglo, Latinoamérica procura establecer una estrategia para consolidar sus economías ante los efectos de la Primera Guerra Mundial. Los conflictos en los países centrales repercuten de modos distintos en la región. Según Víctor Bulmer-Thomas, el principal efecto de la crisis de 1929 en América Latina es la caída de los precios de productos primarios, lo que reduce las exportaciones al 50% de manera general.⁹ Por lo anterior, al entrar en crisis la primera fase de la industrialización, sólo aquellos países que habían profundizado su modelo exportador pudieron participar plenamente en la segunda etapa: la expansión del sector industrial ligado al mercado interno, como estrategia para sustituir productos traídos del exterior. Este proceso de sustitución de importaciones y la voluntad de crear una industria nacional se convierte en la prioridad de los principales Estados latinoamericanos:

En la década del 30, del 40 y del 50, la relevancia de la industrialización en América Latina trascendía el ámbito sectorial y en alguna medida constituía el centro de gravedad de una propuesta de desarrollo. Más aún, la industrialización se constituía en bandera de distintos movimientos sociales que, no obstante especificidades nacionales,

9. Víctor Bulmer Thomas, *La historia económica de América Latina desde la independencia*, México, FCE, 2003, pp. 231-232.

compartían una vocación modernizadora popular (Aguirre Cerda, Cárdenas, de la Torre, Perón, Vargas).¹⁰

Al salir de la crisis de 1929, sólo algunos países podrán incorporarse a una nueva fase de industrialización. Como ejemplo de los países que no alcanzan el segundo ciclo industrial, Celso Furtado menciona el caso de Bolivia, pues se trata de una economía ligada al sector exportador que no deriva en proceso industrial, sólo absorbe la mano de obra barata y no desarrolla una infraestructura significativa.

Perú es un caso de mayor crecimiento; tras el auge del guano y el salitre de la primera mitad del siglo XIX, se especializa en las primeras décadas del siglo anterior en la exportación de minerales y un eventual desarrollo de la extracción petrolera. La minería peruana, concentrada a finales del XIX en manos de las familias oligarcas dueñas de las minas, para los años veintes se encuentran en poder de las firmas estadounidenses. Esto se debe a que la Primera Guerra Mundial dio impulso a la explotación minera; pero el encarecimiento de alimentos y el alza de precios en la maquinaria, junto a la recesión que siguió a la guerra, arruinaron a los pequeños propietarios y facilitaron el monopolio

10. Fajnzylber, Fernando, *La industrialización trunca de América Latina*, México, Editorial Nueva Imagen, 1983, p.149.

de la explotación minera por las compañías transnacionales. Para 1917, el cobre, vanadio, tungsteno, plata, petróleo eran los principales productos de exportación, junto al algodón y al azúcar.

Emigdio Aquino menciona la importancia del petróleo en la economía peruana hacia los años treinta. En 1923 ocupaba el tercer lugar de los productos peruanos destinados a la exportación. En este contexto se da la llamada "República Aristocrática", en un país mayoritariamente indígena.

la economía fue entregada al capital extranjero, que controló no sólo la producción, sino también la comercialización, el transporte y el financiamiento. Su capacidad para lograr los máximos beneficios, los bajos precios de tierras y el bajo costo de la mano de obra, son los elementos que explican el rápido proceso de desarrollo monopólico de las compañías extranjeras. Fue así como se completó la conformación neocolonial del país como exportador de materias primas y, por supuesto, se canceló la posibilidad de un desarrollo autónomo y nacional. Por estas razones la burguesía peruana no pudo ser nunca una clase dirigente, sino un instrumento de dominación del imperialismo.¹¹

11. Aquino, Emigdio, *José Carlos Mariátegui y el problema nacional*, México, Unión de Universidades de América Latina, 1997, pp. 29-32.

El caso mexicano tiene otras circunstancias particulares. El proceso de su economía se encuentra determinado por la Revolución mexicana y sus repercusiones políticas. México transita a la fase de atención del mercado interno con el privilegio de sus recursos petroleros que, desde la segunda década del siglo, se vislumbra como el eje del modelo de desarrollo nacional. La diversidad de su economía permite atender el sistema de sustitución de importaciones con una solidez poco frecuente en la región. La renovación del sector agrícola y pesquero, sumado a la modernización de la explotación de los recursos mineros y energéticos, encuentra en la corrupción de la clase política el único obstáculo para construir una sociedad justa y equitativa.

Para inicio de los años treinta, los trabajadores y campesinos se encuentran organizados alrededor del modelo de organización que brinda identidad al sistema político mexicano: el corporativismo. Por otra parte, el mismo sistema se legitima y fortalece con la mayor herencia de los gobiernos revolucionarios: la nacionalización de los recursos energéticos y el reparto agrario durante el periodo de Lázaro Cárdenas. Los gobiernos posteriores justifican su cultura política autoritaria con los logros del nacionalismo político-económico.

En estas condiciones políticas, José Carlos Mariátegui y Jorge Cuesta pensaron a sus nacionalismos. Los entendieron como artificios políticos conflictivos, al identificarlos como proyectos culturales por decreto, productos ideológicos oficiales. Al mismo tiempo, comprendieron la necesidad de atender las necesidades sociales con el apoyo de una visión más amplia de la cultura nacional. En las siguientes páginas se ofrece un fragmento de su polémica contra los nacionalismos deformantes.

José Carlos Mariátegui y la cuestión nacional

José Carlos Mariátegui (Moquegua, Perú 1894 – Lima 1930) es uno de los intelectuales latinoamericanos más estudiados desde la segunda mitad del siglo XX. Relevantes personalidades del mundo académico han abordado su trayectoria intelectual (Aníbal Quijano, Michael Löwy, Adolfo Sánchez Vázquez, entre otros), desde diversas perspectivas e intereses. Además, los buscadores de información en internet registran cientos de artículos, ensayos y conferencias relacionadas con su obra. Por esta razón, es muy difícil conocer la totalidad de investigaciones que surgen en torno a su figura. Para emprender el análisis de una de las tantas preocupaciones del ensayista peruano, me auxilio de algunos principios básicos empleados por algunos reconocidos conocedores de su trabajo.

En la crítica especializada pueden ubicarse algunos acuerdos generales para el estudio de la obra de Mariátegui. Las etapas de su formación intelectual, con el entendido de que existen momentos de cambio y procesos de rectificación en sus intereses políticos y culturales, se organizan de la siguiente manera:

1.- El primer periodo de 1911 a 1919. En esta etapa se aprecia un proceso que comienza con una predilección por los temas literarios, recurriendo a los temas propios del nacionalismo criollo predominante en el Perú. En "la edad de piedra" -como la nombra el propio Mariátegui-, etapa de sus primeros trabajos que se publican en los periódicos *La prensa* y *La razón*. Es un lapso donde el desenfado juvenil y bohemio revela a un lector de grandes cualidades. Posteriormente, desempeña la labor de cronista parlamentario en el diario *El tiempo*, fundamental para su conciencia política. De este modo, las propias circunstancias de su país lo llevan a retomar preocupaciones sociales más amplias y a alejarse de la comodidad que le ofrece el raquíptico medio intelectual peruano.¹²

Respecto a esta etapa, el filósofo Adolfo Sánchez Vázquez señala:

En ese periodo pueden destacarse: la política oligárquica del Partido Civilista gobernante; el tono gris, monótono y asfixiante de la vida cultural limeña; las primeras movilizaciones obreras y populares contra la oligarquía y, junto con ellas, el movimiento de reforma universitaria en el Perú. En relación con estos acontecimientos, Mariátegui va evolucionando en el curso de su labor periodística desde la mentalidad esteticista, decadentista, místico-religiosa, con la que se sitúa el joven Mariátegui

12. Oscar Terán, *Discutir Mariátegui*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1985, p. 17.

frente al ambiente dominante, a una mentalidad política, antioligárquica. Esto se expresa en la evolución de sus colaboraciones periodísticas desde una problemática literaria hasta una problemática abiertamente política.¹³

2.- El segundo periodo intelectual está determinado por su viaje a Italia, con el auspicio del gobierno de Augusto Leguía, de 1919 a 1923. Para Aníbal Quijano, uno de los mayores estudiosos del caso, la experiencia en Europa deja profundas huellas en su pensamiento:

Italia, pues, fue una estación decisiva en la formación de Mariátegui intelectual, política y emocionalmente, llegando a ser un permanente punto de referencia de su visión de los problemas. Recorrió sus principales ciudades, se familiarizó con su acervo histórico y cultural, se vinculó a algunas de las figuras del primer plano intelectual y político del país, reorganizó su tesitura personal sobre el mundo y pudo adquirir allí las bases de su prodigioso y vital aliento de agonista.¹⁴

13. Adolfo Sánchez Vázquez, "El marxismo latinoamericano de Mariátegui", en *De Marx al marxismo en América Latina*, México, Itaca, 2011, p. 150.

14. Aníbal Quijano, "José Carlos Mariátegui: reencuentro y debate" (prólogo), en *Siete ensayos de interpretación sobre la realidad peruana*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 2007, p. XLIV.

La estancia en Europa significa la consolidación de sus intereses y relaciones intelectuales. La influencia Benedetto Croce, Georges Sorel, Las obras de Henri Bergson y Antonio Gramsci son estímulos determinantes en su pensamiento. En esta etapa se aprecia el inicio de su madurez intelectual. En su prólogo a los *Siete ensayos de interpretación sobre la realidad peruana*, el propio Mariátegui sostiene la defensa de su experiencia europea, ante quienes lo señalan como un autor extranjerizante y consideran su aprendizaje en Europa como un asunto ajeno e injustificado.

No falta quienes me suponen un europeizante, ajeno a los hechos y a las cuestiones de mi país. Que mi obra se encargue de justificarme contra esa barata e interesada conjetura. He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indoamérica sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales. Sarmiento, que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fue en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino.¹⁵

3.- El tercer periodo comprende del regreso de Mariátegui al Perú hasta su muerte, en plena madurez intelectual. Son los años en los cuales

15. José Carlos Mariátegui, "Advertencia" (1928), en *Mariátegui total*, (edición conmemorativa del centenario de su nacimiento), Lima, Amauta, 1994, t. I, p. 6.

combina la labor política con la escritura de sus ensayos fundamentales. Sánchez Vázquez destaca sus principales contribuciones a la vida pública del Perú en esos años:

- Las conferencias ofrecidas a los trabajadores limeños en la Universidad Manuel González Prada, en las cuales ofrece una síntesis de historia contemporánea.
- La fundación de la revista *Amauta*, en 1926, en la cual colaboran altas personalidades del mundo intelectual iberoamericano (José Vasconcelos, Miguel de Unamuno, Pablo Neruda, Jesús Silva Herzog, entre muchos más).¹⁶
- La redacción de *Siete ensayos sobre la realidad peruana*, que se considera una de las principales obras del marxismo latinoamericano.

16. Ricardo Melgar Bao señala la importancia de otra publicación periódica dirigida por Mariátegui: *Labor*. Melgar llama la atención sobre la poca importancia que la crítica especializada le concede a ese medio de organización político laboral. "Mariátegui y *Labor* (1925-1928): redes e ideas socialistas, <http://www.cedinci.org/jornadas/4/M7.pdf>, (consultado el 10 de mayo del 2013).

- Su participación en la Alianza Popular Revolucionaria Antiimperialista (APRA), de 1926 a 1928, con la cual rompe debido su acercamiento con los sectores burgueses peruanos.
- La fundación del Partido Socialista Peruano en 1928 y la correspondiente adhesión a la Tercera Internacional. Después de la muerte de Mariátegui, este esfuerzo se transforma en el Partido Comunista del Perú.¹⁷

De las experiencias intelectuales mencionadas, la revista *Amauta* es el proyecto más ambicioso de Mariátegui. En ella logra conjuntar trabajos elaborados fundamentalmente en el Perú, sumados con notables selecciones de la producción europea y latinoamericana en el campo del análisis político, filosófico y cultural de su tiempo. En su calidad de director de la revista, tuvo la habilidad para incluir una considerable cantidad de piezas literarias (poesía, cuento y hasta fragmentos de novelas), así como un variado repertorio de textos sobre crítica de arte. Del mismo modo, en sus páginas se pueden encontrar análisis de coyuntura en la política internacional de su tiempo, así como el

17. Adolfo Sánchez Vázquez, *op. cit.*, p.p. 152-154.

tratamiento de temas asociados a la diversidad de los pueblos latinoamericanos. Así, *Amauta* es una revista que representa la diversidad de intereses, preocupaciones y talentos de su conductor. El propio Mariátegui realiza en 1928 un balance del “movimiento y espíritu de renovación” que sustenta a la revista:

Amauta no debía ser un plagio, ni una traducción. Tomábamos una palabra inkaica, para crearla de nuevo. Para que el Perú indio, la América indígena, sintieran que esta revista era suya. Y presentamos a *Amauta* como la voz de un movimiento y de una generación. *Amauta* ha sido, en estos dos años, una revista de definición ideológica, que ha recogido en sus páginas las proposiciones de cuantos que, con título de sinceridad y competencia, han querido hablar a nombre de esta generación y de este movimiento.¹⁸

Aunque la revista buscaba un equilibrio entre la publicación de colaboraciones locales y las internacionales, las críticas a su vocación internacionalista no fueron pocas. Como se mencionó con anterioridad, desde su regreso al Perú se defiende de las acusaciones de europeizante, ajeno a los grandes problemas nacionales. A finales de 1924 emprende una serie de colaboraciones periodísticas, reunidas

18. José Carlos Mariátegui, “Aniversario y balance” (1928), en *op. cit.*, t. I, p. 260.

dentro de las series que ahora conocemos como "Peruanicemos al Perú" y "El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy", las cuales se concentraban en el análisis del nacionalismo y el internacionalismo.

En términos generales, sus escritos sobre el nacionalismo no polemizan con un autor o grupo en particular. Con algunas excepciones, se refieren a ideas que, según el propio Mariátegui, flotan en el ambiente cultural peruano. Denuncia que los nacionalistas, en una supuesta protección de la cultura nacional, asocian dogmáticamente cualquier elemento civilizatorio externo con un exotismo injustificado:

Frecuentemente se oyen voces de alerta contra la asimilación de ideas extranjeras. Estas voces denuncian el peligro de que se difunda en el país una ideología inadecuada a la realidad nacional. Y no son una protesta de las supersticiones y de los prejuicios del difamado vulgo. En muchos casos, estas voces parten del estrato intelectual.

Podrían acusar una mera tendencia proteccionista, dirigida a defender los productos de la inteligencia nacional de la concurrencia extranjera. Pero los adversarios de la ideología exótica sólo rechazan las importaciones contrarias al interés conservador. Las importaciones útiles a ese interés no les parecen nunca malas, cualquiera que sea su

procedencia. Se trata, pues, de una simple actitud reaccionaria, disfrazada de nacionalismo.

Y más adelante agrega:

Una rápida excursión por la historia peruana nos entera de todos los elementos extranjeros que se mezclan y combinan en nuestra formación nacional. Contrastándolos, identificándolos, no es posible insistir en aseveraciones arbitrarias sobre la peruanidad. No es dable hablar de ideas políticas nacionales.

Tenemos el deber de no ignorar la realidad nacional; pero tenemos también el deber de no ignorar la realidad mundial.¹⁹

Mariátegui se concentra en los sectores conservadores, quienes promoviendo el nacionalismo como su ideología, prescinden de las culturas indígenas y del contexto internacional en su imaginario nacional. El nacionalismo criollo omite la presencia de los pueblos originarios, en su afán por demostrar las raíces hispánicas y latinas de su identidad. Los defensores del imaginario criollo se alejan de todo realismo político, pues deliberadamente ignoran a las mayorías: "el

19. José Carlos Mariátegui, "Lo nacional y lo exótico" (1924), en *op. cit.*, t. I, p.p. 289-290.

problema de la asimilación de cuatro quintas partes de la población del Perú”.²⁰

La cultura del “pasadismo” criollo asume a la etapa colonial como el inicio de la nacionalidad. Para el nacionalismo de “la utopía del regreso”, la nostalgia por el pasado colonial y jerárquico sólo puede admitir el legado indígena como un producto pre-nacional. Por ejemplo, Mariátegui comenta el costumbrismo literario en *Una Lima que se va* (1921), de José Gálvez, caracterizado por una actitud aristocrática y de añoranza esteticista: “La ‘Lima que se va’ no tiene ningún valor serio, ningún perfume poético, aunque Gálvez se esfuerce por demostrarnos, elocuentemente, lo contrario. Lo lamentable no es que esa Lima se vaya, sino que no se haya ido más de prisa”.²¹

20. José Carlos Mariátegui, “Nacionalismo y vanguardismo”, (1925) en *op. cit.*, t. I, p. 307.

21. José Carlos Mariátegui, “Pasadismo y futurismo” (1924), en *op. cit.*, t. I, p. 288. Con relación a los nacionalismos hispanistas en México, Perú y Argentina véase: Carlos Tur Donatti, *La utopía del regreso. La cultura del nacionalismo hispanista en América Latina*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2006.

Ante los nacionalismos reaccionarios, Mariátegui opone una visión del mundo donde el elemento indígena es simultáneamente parte del pasado y el presente del Perú. Con una visión "cosmopolita y ecuménica", asume que la relación *local-externo* son partes constitutivas del mundo contemporáneo:

En oposición a este espíritu, la vanguardia propugna la reconstrucción peruana sobre la base del indio. La nueva generación reivindica nuestro verdadero pasado, nuestra verdadera historia. El pasadismo se contenta, entre nosotros con los frágiles recuerdos galantes del virreinato. El vanguardismo, en tanto, busca para su obra materiales más genuinamente peruanos, más remotamente antiguos.

Y su indigenismo no es una especulación literaria ni un pasatiempo romántico. No es un indigenismo que, como muchos otros, se resuelve y agota en una inocua apología del Imperio de los Incas y de sus fastos. Los indigenistas revolucionarios, en lugar de un platónico amor al pasado incaico, manifiestan una activa y concreta solidaridad con el indio de hoy.

Este indigenismo no sueña con utópicas restauraciones. Siente el pasado como una raíz, pero no como un programa. Su concepción de la historia

y de sus fenómenos es realista y moderna. No ignora ni olvida ninguno de los hechos históricos que, en estos cuatro siglos, han modificado, con la realidad del Perú, la realidad del mundo.²²

En el mismo texto, el autor insiste en que hay otras variantes de nacionalismos más interesantes. El nacionalismo revolucionario – entendido en el contexto del Perú de 1924-, lo considera como una expresión política y cultural libertaria. Considera que el nacionalismo revolucionario está justificado por el anhelo de libertad de todo país que se encuentre sometido por algún imperialismo extranjero. Por eso le resultan importantes los ejemplos que combinan el sentimiento cosmopolita y el sentimiento nacional, mostrando un amplio criterio para interpretar la realidad (menciona a Jorge Luis Borges y a Valdelomar). Otro ejemplo de contribución a la cultura nacional lo encuentra en el poeta César Vallejo, quien colma su visión del intelectual que sabe entender la tensión entre dos culturas.

Lo que más nos atrae, lo que más nos emociona tal vez en el poeta César Vallejo es la trama indígena, el fondo autóctono de su arte. Vallejo es muy nuestro, es muy indio. El hecho de que lo estimemos y lo comprendamos no es un producto del azar. No es tampoco una

22. José Carlos Mariátegui, "Nacionalismo y vanguardismo", en *op. cit.*, t. I, p. 308.

consecuencia exclusiva de su genio. Es más bien una prueba de que, por estos caminos cosmopolitas y ecuménicos, que tanto se nos reprochan, nos vamos acercando cada vez más a nosotros mismos.²³

En otro texto de carácter conceptual, "Nacionalismo e internacionalismo", Mariátegui se dedica a analizar las aparentes divisiones entre estas nociones. Sostiene que los confines entre nacionalismo e internacionalismo no están bien definidos a pesar de su larga convivencia. Esto se debe a que ninguna de las dos ideas sigue una línea ortodoxa o intransigente: "no se puede señalar matemáticamente dónde concluye el nacionalismo y dónde el internacionalismo. Elementos de una idea andan, a veces, mezclados a elementos de la otra".²⁴

El ensayista peruano afirma que el internacionalismo no se contradice necesariamente con el nacionalismo. Esto se debe a que el nacionalismo es una aproximación de la realidad, pero sólo a una parte. La realidad es más amplia, depende de muchos elementos que no se explican solamente a partir de las fronteras nacionales. El proceso de las

23. *Ibid.*, p. 310.

24. José Carlos Mariátegui, "Nacionalismo e internacionalismo" (1924), en *op. cit.*, t. I p. 511.

relaciones políticas y comerciales entre los países conduce a un intercambio cultural inevitable. Por ello, el sentimiento exclusivamente nacionalista le parece un fenómeno reaccionario.

Los fautores de esta reacción califican al internacionalismo de utopía. Pero, evidentemente, los internacionalistas son más realistas y menos románticos de lo que parecen. El internacionalismo no es únicamente una idea, un sentimiento; es, sobre todo, un hecho histórico. La civilización occidental ha internacionalizado, ha solidarizado la vida de la mayor parte de la humanidad. Las ideas, las pasiones, se propagan veloz, fluida, universalmente.²⁵

Por otro lado, Mariátegui advierte que no todo el internacionalismo tiene un signo positivo, un carácter exclusivamente revolucionario. Considera que hay un internacionalismo socialista, así como un internacionalismo burgués. El primero es un movimiento de liberación contra la opresión capitalista. El segundo, deriva de la internacionalización del comercio mundial. Sostiene que el capitalismo es un proceso desarrollado independientemente de las fronteras nacionales. Por eso destaca la importancia del conocimiento de la historia y política internacional.

25. José Carlos Mariátegui, *Ibid.*, p. 512.

Respecto a América Latina, el nacionalismo que interesa al director de *Amauta*, es el nacionalismo revolucionario. Influido por el proyecto vasconcelista, se propone investigar las raíces históricas que hermanan a las sociedades que él llama "América indo-española". Emigdio Aquino señala que Mariátegui reconoce en las culturas originarias un primer elemento histórico de identificación; las culturas azteca e inca son un ejemplo del alto grado de desarrollo que caracteriza a la época prehispánica. Un segundo elemento lo encuentra en la situación de subordinación colonial. Las formas de explotación colonial suplieron las estructuras de organización social indígena, pero sin crear un sistema "superior". El tercer momento de coincidencia histórica, lo componen las independencias de los países latinoamericanos. Para él, las revoluciones criollas son producto de las circunstancias en los países centrales. La creación de los nuevos nacionalismos corresponde al desarrollo del capitalismo mundial: "Una vez culminada la revolución y lograda la independencia de España comenzó el proceso de diferenciación. Lejos de mantenerse la unidad continental se produjo una atomización y un fraccionamiento en diversos países, empeñados en tareas internas".²⁶

26. Emigdio Aquino, *José Carlos Mariátegui y el problema nacional*, México, Unión de Universidades de América Latina / CCyDEL-UNAM, 1997, p. 98.

Mariátegui considera la existencia de un sistema de valores compartidos en nuestra América. Un movimiento cultural internacional, con fundamento en el proceso histórico común, con base en la renovación constante de la lengua modernista, con apoyo en los anhelos de liberación de amplios sectores populares en la región, con plena conciencia de la importancia que implica el reconocimiento y valoración política de las culturas indígenas, con la utopía de una integración impostergable para la defensa y reorganización de los países latinoamericanos.

La identidad del hombre hispano-americano encuentra una expresión en la vida intelectual. Las mismas ideas, los mismos sentimientos circulan por toda la América indo-española. Toda fuerte personalidad intelectual influye en la cultura continental. Sarmiento, Martí, Montalvo no pertenecen exclusivamente a sus respectivas patrias; pertenecen a Hispano-América. Lo mismo que de estos pensadores se puede decir de Darío, Lugones, Silva, Nervo, Chocano y otros poetas. Rubén Darío está presente en toda la literatura hispano-americana. Actualmente, el pensamiento de Vasconcelos y de Ingenieros tiene una repercusión

continental. Vasconcelos e Ingenieros son los maestros de una entera generación de nuestra América. Son dos directores de su mentalidad.²⁷

27. José Carlos Mariátegui, "La unidad de la América indo-española" (1924), en *op. cit.*, t. I, p. 414.

Jorge Cuesta y la polémica nacionalista

Jorge Cuesta perteneció a la generación de los *Contemporáneos*, un grupo cultural que tuvo el mérito de crear una obra poética de gran complejidad en el México de los años treinta. Junto con Xavier Villaurrutia, José Gorostiza, Salvador Novo, Carlos Pellicer, Bernardo Ortíz de Montellano, Jaime Torres Bodet, Gilberto Owen, entre otros, dieron muestra de su talento literario en distintas publicaciones. A través de su revista *Contemporáneos* fijaron una postura cultural concreta: conectar a la cultura mexicana con las vanguardias artísticas occidentales.

En 1928 los *Contemporáneos* aparecieron en el escenario cultural a través de su *Antología de poesía mexicana moderna en México*, con prólogo del propio Cuesta. Eran los tiempos de las revueltas militares, del asesinato de Obregón, de la Guerra Cristera y la consolidación del poder de Plutarco Elías Calles. Un ánimo optimista empujaba a las juventudes ilustradas que en esos momentos apoyaron la candidatura presidencial de José Vasconcelos. En el campo económico, el petróleo ya se perfilaba como el eje de la economía nacional. En el terreno de la

cultura, el nacionalismo fue la expresión hegemónica en las artes de México.

Jorge Cuesta nació en Córdoba, Veracruz, y llegó a la Ciudad de México para estudiar Ciencias químicas. Sus inquietudes intelectuales lo acercaron al ambiente artístico, uniéndose al equipo de la revista que les dio nombre como generación de escritores, *Contemporáneos* (1928-1931). Una vez concluido ese proyecto editorial, Jorge Cuesta asume la dirección de una ambiciosa revista: *Examen* (1932). Al publicar un fragmento de la novela *Cariátide*, de Rubén Salazar Mallén, las autoridades censuran la revista, argumentando que su lenguaje atentaba contra la moral pública. Con apenas dos números publicados, la revista exhibió la diversidad de inquietudes de su director y fue clausurada definitivamente por presión de distintos periódicos y personalidades de la vida pública.

En realidad, el proceso contra *Examen* fue un ataque contra el entonces Secretario de Educación Narciso Bassols y su equipo de colaboradores. A partir de este episodio, varios miembros de los *Contemporáneos* se vieron obligados a renunciar a sus cargos en distintas instituciones culturales y fueron agredidos públicamente por la homosexualidad de

algunos de sus integrantes. Cuesta defendió personalmente a *Examen* ante los tribunales y entendió que el estado corporativo tenía los instrumentos para censurar e imponer una moral al amparo de una retórica nacionalista y revolucionaria. La crítica especializada coincide en que este episodio definió la vocación de Cuesta como comentarista de la política en distintas publicaciones periódicas, principalmente en *El Universal Ilustrado*. En sus primeras intervenciones como crítico político señaló:

Examen es un periódico cuya periodicidad está vinculada a la pobreza de sus colaboradores habituales. Tira hasta 1 000 ejemplares. No se vocea ni se vende en las calles. Lo compran en la revista trescientos heterodoxos, superrealistas o vanguardistas, unos, y otros que nada más han estado en París. Así pues, la consignación de *Examen* no significaría mucho para el mundo intelectual mexicano, si no se condenara en la efigie de *Examen* a la libertad de expresión.

lo que significaría que las autoridades judiciales se conviertan en servidores de esta 'moral pública' y satisficieran, persiguiendo una obra de cultura, condenando su libertad de expresión, a los que la persecución de ella no esperan sino mayores utilidades pecuniarias y no

ningún progreso de la cultura pública, no ningún beneficio de las obras espirituales del país.²⁸

Para el año 1934, la crítica de Cuesta rebasó la experiencia personal de la revista *Examen* y se extendió a preocupaciones políticas más amplias. En ese año se presentaron sucesos de gran relevancia que suscitaron su interés como analista: Lázaro Cárdenas asumió la presidencia y, con su estilo personal de gobernar, rompió con el ex presidente Plutarco Elías Calles y el grupo que gobernó a México durante 10 años; ante las conquistas sociales de autonomía universitaria y la libertad de cátedra, un grupo en el poder reformó el artículo tercero de la Constitución mexicana para implementar la educación socialista en la escuela primaria; el presidente Lázaro Cárdenas consolidó su *Plan sexenal* que, según Cuesta, debilitó la división de poderes y anuló a otros proyectos políticos no incluidos en el programa oficial. Con un tono moralista, el ensayista cordobés advirtió los riesgos en el debilitamiento del liberalismo:

La actual situación del pensamiento político mexicano es clara; el liberalismo constitucional está peligrosamente amenazado por esta

28. Jorge Cuesta, "La consignación de Examen" (1932), en *Obras*, México, El Equilibrista, t. I, p.p.206-209.

pasional actitud dogmática, de reciente origen. Esta situación se ha creado y se mantiene a la sombra de una confusión intelectual que permite considerar como reaccionarias a cualquier nueva tendencia liberal y a la Constitución de 17 y como revolucionarios y avanzados los actos que reflejan indistintamente el sacerdocio de Stalin, el sacerdocio de Hitler o el sacerdocio de Mussolini. Sin embargo, no es aventurado asegurar que el liberalismo mexicano habrá de sobrevivir a la confusión que pone en peligro a las auténticas aspiraciones radicales de la nación, las que han hecho que la Revolución deba considerarse como la legítima continuación de la Reforma, y que no deba confundírsela con el retroceso de la política hacia formas irreflexivas, sentimentales o primarias.²⁹

Jorge Cuesta comenzó a hablar de libertad de expresión y libertades personales en un entorno político caracterizado por el corporativismo estatal. En realidad, su crítica fue a contracorriente de la opinión de la prensa escrita y de los portavoces del oficialismo (Luís Cabrera fue otro ejemplo de oposición al Estado posterior a la revolución.) Es necesario aclarar que las comunidades intelectuales en México han asociado a Jorge Cuesta con el pensamiento liberal convencional; pero ese liberalismo tuvo características particulares. No existe evidencia de que

29. Jorge Cuesta, "Crisis de la revolución" (1934), *op .cit.*, t. I, p. 298.

Cuesta fuera un lector asiduo de los clásicos de la filosofía política liberal, pues sus referentes fueron indirectos. Por un lado, se nutrió de su afinidad con los escritores de *La Nouvelle Revue Française*, en particular con André Gide, Julien Benda y Paul Valéry, de quienes admiró su defensa a la libertad artística y la autonomía del campo cultural. Por otro lado -como una influencia de mayor peso histórico-, el legado del liberalismo decimonónico mexicano y su Constitución de 1857 fue fundamental. El propio Cuesta sostuvo que el autoritarismo del nuevo Estado revolucionario se debió a su desapego de los postulados de la Constitución de 1917, al distanciamiento que la nueva burocracia mantuvo respecto de los preceptos liberales escritos en el pacto social constitucional.

es interesante hacer notar que el cambio se ha verificado en unos cuantos años, dándose el extraño espectáculo que la generación que era liberal en 1917 aparece hoy convertida en dogmática, de tal modo que en 1934 parece comenzar a obtener como fruto político precisamente todo lo contrario de lo que en 1917 se proponía.

Pero en vano los jóvenes tuvieron un acceso ilimitado al poder; la juventud no encontró, en esa maravillosa libertad que la Revolución le había tan penosamente conquistado, sino una autorización para

improvisar y satisfacer su vanidad fácilmente[...] Pero la más desastrosa consecuencia es que, a fin de ocultar su incapacidad y su fracaso, esta acción ha culpado a la propia libertad que no supo emplear sino para corromperla, pretendiendo enseguida que, puesto que la libertad se corrompe, la incapacidad y fracaso han sido de la Revolución, por haberse apegado a una Constitución liberal.³⁰

En una magnífica investigación de tesis, Hazael Hernández se refiere a la convicción constitucionalista de Cuesta. Sostiene que cuando el cordobés se refiere a “la generación de 1917”, no menciona nombres ni filiaciones políticas. Los grupos que participaron en el Congreso Constituyente fueron liberales, aunque se dividieron por sus convicciones sociales. En términos generales, durante el Congreso convocado por Venustiano Carranza se encontraron dos facciones políticas. Por una parte, los “conservadores” quisieron simplemente reformar la constitución de 1857, motivo por el cual fueron llamados “liberales clásicos”; por la otra, los grupos progresistas que no se opusieron a las reformas liberales, pero lograron incorporar los derechos sociales que demandaban los sectores campesinos y obreros. Estas diferencias políticas en el interior de “la generación de 1917”

30. *ibid.*, p.p. 296-297.

sugieren que Cuesta omitió en su análisis el carácter ecléctico de la Constitución de 1917, en la que se encuentran entremezclados elementos liberales y derechos colectivos.

Hazael Hernández considera que Cuesta le dio gran importancia al constitucionalismo porque ahí ubicó el origen de la legitimidad del poder político posrevolucionario. Cuesta se concentró en analizar cinco elementos emanados del pacto constitucional: los derechos individuales, la división de poderes, la renovación del ejecutivo, la soberanía popular y el laicismo.³¹

Para Cuesta, el debilitamiento del liberalismo se encontraba relacionado con el apogeo del discurso que legitimó las acciones de los gobiernos posrevolucionarios: el nacionalismo. Sostuvo que las contradicciones en el discurso de los principales representantes del nacionalismo hacían evidentes sus limitaciones políticas y morales. Su desencuentro con el poder lo convirtió en atento lector de la retórica revolucionaria, por lo que extendió sus lecturas y críticas al campo de la economía, la educación y la cultura.

31. Véase Hazael Hernández Peralta, *El universo político de Jorge Cuesta*, Tesis para obtener la Licenciatura en Estudios Latinoamericanos, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2012, p.p. 45-47.

Entre las preocupaciones políticas de Cuesta destacó su defensa del laicismo. En sus escritos sobre la laicidad encuentra los argumentos para combatir al elemento central de su crítica: el nacionalismo cultural. Cuesta consideró que la política cultural de México se originó en la estancia de José Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación. No sólo en su faceta de ideólogo, sino como ministro con la habilidad para conjuntar a grandes figuras de las artes (José Clemente Orozco, Silvestre Revueltas, Carlos Chávez, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Gabriela Mistral, entre otros) en torno de una impresionante cruzada cultural. Cuesta admiró de Vasconcelos su pasión intelectual y política, aunque cree que las pasiones lo devoran a tal grado en que trastornan confusamente a su pensamiento y su acción política:

Es clara su aversión por la lógica. Y su pasión por contener dentro de los límites del instante una vida limitada. 'Mi yo, dice, no se resigna a estar ausente de ningún sitio del mundo'. Sus ideas filosóficas, sus ideas artísticas, sus ideas políticas y morales, toda su existencia intelectual reproduce este afán místico insaciable, que no se conforma con vivir en el fondo del alma individual, y tiende a inflamar todo lo que se encuentra a su alrededor. Tuvo la ilusión de verlo en el alma de la política *liberal*, en la época maderista. Después lo hizo en el alma de la educación pública. Por último, a través de su más reciente empresa

política ha querido verlo como núcleo de la vida pública nacional, y aún reconoce en él el alma histórica del continente.³²

Para el escritor cordobés, los peores legados de Vasconcelos fueron sus discípulos e imitadores. En 1920, cuando Vasconcelos asumió el ministerio de Educación, su proyecto se entendió como una necesidad de aprovechar la pacificación del país a través de la cultura y las artes. Después de un trágico movimiento revolucionario era necesario buscar un proyecto que legitimara al nuevo gobierno. La alfabetización era el objetivo más ambicioso de toda la empresa vasconcelista. Las misiones educativas surgen a la mano de grandes publicaciones, como la revista *El Maestro* y los logros máximos de ese movimiento de ideas que fueron la escuela muralista y la música nacionalista. Sin embargo, para el año de 1934 Cuesta observó que los sucesores de Vasconcelos empleaban las instituciones para subordinar el campo cultural a intereses políticos coyunturales. En manos de la nueva burocracia, el nacionalismo se convirtió en política cultural fijada por decreto, ideología ordenada desde arriba. Cuesta le llamó *nueva política clerical* a la ambición de utilizar a la escuela como centro de reclutamiento ideológico oficial:

32. Jorge Cuesta, "Ulises criollo" (1936), *op. cit.*, t. II, p. 144.

hasta José Vasconcelos, este nuevo clericalismo no tuvo las proporciones amenazantes que ha conservado después[...].

Es con el paso de Vasconcelos por la Secretaría de Educación cuando alcanza conciencia de sí esta nueva política clerical, desde entonces asume la escuela la función platónica de dar nacimiento a un Estado perfecto[...] Escuelas rurales, misiones culturales, la universidad para el pueblo, la ideología universitaria de la Revolución, el arte-propaganda, la función civilizadora del arte, la redención de los indios, 'Por mi raza hablará el espíritu', etcétera, todas estas nociones vasconcelistas no contienen sino aspiraciones religiosas que, si en Vasconcelos pudieran responder a un sentimiento místico, en sus secuaces no son otra cosa que de una voluntad de apoderarse de la conciencia política por medio de la escuela.³³

Esta actitud crítica al nacionalismo oficial tuvo efectos en su trayectoria intelectual. En su condición de escritor independiente, Cuesta se mantuvo relegado de los centros oficiales de cultura. Su postura le costó la enemistad de distintos círculos políticos y culturales. Desde los representantes del muralismo mexicano hasta los seguidores del político-pensador Vicente Lombardo Toledano, lo descalificaron en el

33. Jorge Cuesta, "Una nueva política clerical" (1933), *op. cit.*, t. I, pp. 251-252.

debate político, asociándolo con el pensamiento contrarrevolucionario. Cuesta respondió en uno de sus artículos que el auténtico revolucionario es “quien se pone en contra de la propia sociedad en que vive”, atacando los dogmas que dominan la esfera pública.³⁴

El poeta cordobés consideraba su obra como parte de un trabajo colectivo. Su admiración por sus compañeros de generación fue constante. Los consideró un ejemplo de autonomía intelectual, por su negativa para asumir a las políticas culturales del momento. Al referirse a la marginalidad del grupo “Contemporáneos”, describe su proceso de resistencia ante el aparato oficial:

Quienes se distinguen en este grupo de escritores tienen de común con todos los jóvenes mexicanos de su edad, nacer en México; crecer en un raquítico medio intelectual; ser autodidactas; conocer la literatura y el arte principalmente en revistas y publicaciones europeas; no tener cerca de ellos, sino muy pocos ejemplos brillantes, aislados, confusos y discutibles; carecer de estas compañías mayores que decidan desde la más temprana juventud un destino; y, sobre todo, encontrarse inmediatamente cerca de una producción literaria y artística cuya

34. Jorge Cuesta “La música proletaria” (1934), *op. cit.*, t. II, p. 11.

condición esencial ha sido una absoluta falta de crítica. Esta última condición es la más importante.

Y más adelante afirma:

Le roba a una generación pasada quien la continúa ciegamente. Le roba a una generación futura quien le crea un programa para que lo siga. Los revolucionarios roban a la revolución. Los nacionalistas, a la nación le roban. Los modernistas, roban a la época. Los exotistas, los mexicanistas entre ellos, son ladrones de lo pintoresco.³⁵

Aunque este comentario estaba concentrado en el terreno de sus inquietudes artísticas, la aversión de Cuesta por los nacionalismos no puede reducirse a una postura cultural. En su obra se aprecia una elocuente crítica a los procedimientos del Estado para construir una moral artificial, una sensibilidad exacerbada sobre lo nacional. El nacionalismo, erigido como plan ideológico-cultural decretado por el poder, lo juzga como una ficción sin sustento en la realidad mexicana; la cultura nacional, por el contrario, se expresa siempre de manera

35. Jorge Cuesta, "¿Existe una crisis en la literatura de vanguardia?" (1932), *op. cit.*, t. I, p. 171.

independiente en el ámbito social, sin patrocínios ni prebendas, de modos diversos y espontáneos.

En cuanto a su crítica en el terreno político-económico, los comentarios de Cuesta son muy acertados para señalar la reducción de las garantías individuales en el proceso revolucionario. Al mismo tiempo, sus textos no estiman adecuadamente a los derechos sociales conquistados en la Constitución de 1917. Estas reivindicaciones colectivas beneficiaron a asociaciones de origen campesino u obrero. En ocasiones, su afán de criticar al corporativismo mexicano lo lleva a sobrevalorar sus alcances, pues lo considera como un elemento que conduce mecánicamente al "totalitarismo político". Sucede que Cuesta no alcanzó a dimensionar completamente la obra nacionalista del Estado posrevolucionario. En los años previos a la Segunda mundial, con las condiciones necesarias para expropiar los recursos energéticos a las potencias internacionales, el estado logra conciliar su discurso ideológico con los logros de su política económica. En esos momentos, la enfermedad mental del poeta no le permitió evaluar los últimos años del gobierno de Cárdenas, quien apostó a reformas sociales de carácter nacional-popular como eje de su legitimidad (la nacionalización del petróleo y el reparto agrario). En 1942, año de su terrible suicidio, la coherencia y popularidad del

proyecto posrevolucionario parecía incuestionable. Décadas más tarde, la historia del sistema político mexicano revelaría sus debilidades y corrupción; el revisionismo histórico reivindicaría, en años recientes, la figura de Jorge Cuesta como un agrio precursor de la “crítica a la razón nacionalista”.³⁶

Las convicciones liberales de Cuesta son originales, complejas, pero discutibles. Por ejemplo, sostiene la tesis que los ideales libertarios de la Revolución mexicana representan una continuación del liberalismo de la época de la Reforma. Esta opinión es, en términos históricos, confusa e inconsistente. La crítica de Cuesta es más sólida y certera cuando problematiza los valores promovidos por el Estado, cuando revisa desde la historia las certezas que el aparato político promulga a través de sus centros de operación ideológica. Con relación a los resultados de la revolución social de 1910, cuestiona los programas, logros y alcances de los “gobiernos revolucionarios”, así como sus repercusiones en la cultura política mexicana:

36. La expresión es de Christopher Domínguez Michael, en *Jorge Cuesta y el demonio de la política*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, 1986.

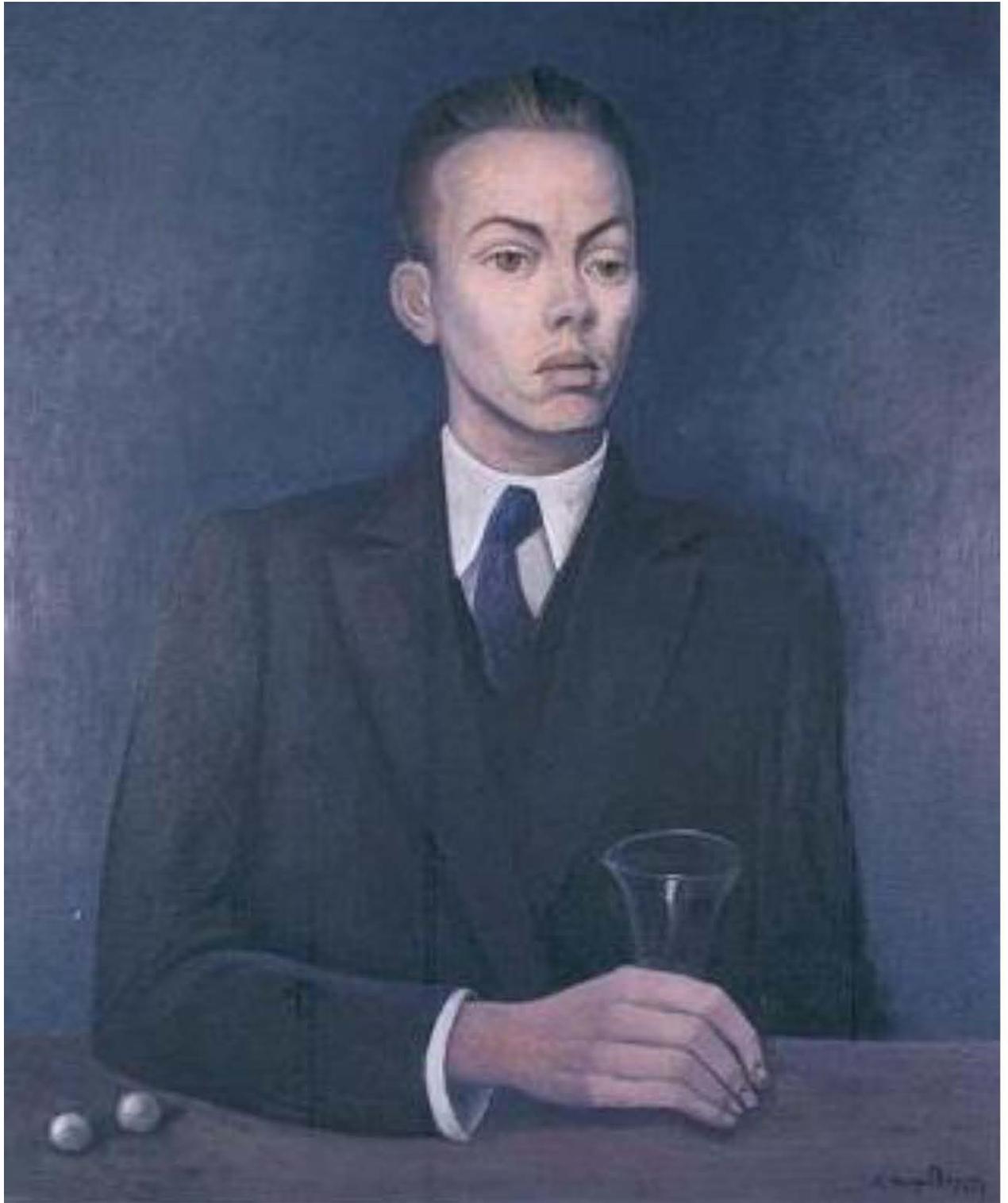
Me pregunto, ante esta circunstancia, si la Revolución mexicana, como algunas personas suponen, no habrá sido un movimiento superficial que no ha podido modificar las bases profundas de nuestra cultura política; si, al fin, podrá ser sustituido por formas más civilizadas el paternalismo tradicional de nuestros regímenes gubernativos. Pero considero que en esta pregunta se filtran prejuicios históricos injustificados. Nuestra tradición no sólo está hecha por gobiernos 'administrativos', sino principalmente por las revoluciones en que los elementos inquietos del país han manifestado su fastidio por la administración[...] Puede decirse con más fundamento, que nuestra verdadera tradición es el estado revolucionario, y que las perturbaciones de nuestra historia son las épocas de administración y paz. Me inclino sinceramente por esta última, paradójica interpretación. Y respondo a mi pregunta diciendo que la naturaleza profunda de nuestro espíritu es la revolucionaria, y que, cuando se establece un régimen paternalista y venerable, sólo estamos viviendo sobre la superficie, sin ver lo que realmente sucede en el fondo de nuestra existencia, para ser, a la postre, desagradablemente sorprendidos por un instante explosivo. Los ideales de nuestra vida política no son, seguramente, los administrativos, sino los revolucionarios.³⁷

37. Jorge Cuesta, "La decadencia moral de la nación" (1935), *op. cit.*, t. II, p. 64.

Capítulo III: Nacionalismos y pensadores disidentes

[Julien] Benda seguramente se equivoca, por otra parte, cuando atribuye tanto poder social al intelectual solitario cuya autoridad, de acuerdo con Benda, proviene de su voz individual y de su oposición a las pasiones colectivas organizadas. Sin embargo, si aceptamos que es el destino histórico de sentimientos colectivos como "mi país para bien o para mal" y "nosotros somos blancos y por lo tanto pertenecemos a una raza superior que la de los negros" y "la cultura europea o islámica o hindú es superior a todas las otras", lo que vulgariza y brutaliza al individuo, entonces probablemente es verdad que una conciencia individual aislada, que va contra el ambiente que la rodea así como aliada con las clases, los movimientos y los valores combatientes, es una voz aislada fuera de lugar, pero en gran medida *de* ese lugar, que se opone conscientemente a la ortodoxia prevaleciente y está a favor de un grupo de valores ostensiblemente universales y humanos, que ha ofrecido una resistencia local significativa a la hegemonía de una cultura. Del mismo modo, tanto Benda como Gramsci están de acuerdo, en que los intelectuales son eminentemente útiles para hacer funcionar la hegemonía.

Edward Said, "Crítica secular".



Autonomía intelectual y política en América Latina

El tema de la autonomía política e intelectual en América Latina presenta distintas vías de entrada. En nuestros países, las instituciones estatales tienen la capacidad de influir, desde la primera mitad del siglo XX, en los espacios de actividad intelectual con una eficacia poco frecuente en otros ámbitos públicos. Por medio de un aparato político-cultural, la clase intelectual (cuya función es crear mensajes, opiniones e ideas de interés público) se encuentra expuesta a una serie de presiones que comprometen su autonomía moral y el sentido de sus funciones sociales. Las estrategias oficiales de organización en cultura, ciencia y educación, penetran a través de relaciones económicas y laborales, así como en un sistema de incentivos para la propia actividad intelectual. Del mismo modo, un importante sector de intelectuales interviene en el mercado de los medios de comunicación, la educación privada y en corporaciones internacionales; de esta manera, se insertan en un espacio de acción de mayor amplitud, aunque simultáneamente, sus ámbitos de especialización los separa de amplios sectores de la sociedad.

La representación del intelectual público, construida desde el siglo XIX, parece desvanecerse. En el imaginario social, el papel público de las personalidades independientes que representaban las posiciones críticas de grandes grupos de personas se encuentra, por lo menos, en un proceso de transformación. El historiador Eric Hobsbawm, al analizar los cambios en la función social de la clase intelectual, sostiene:

El declive de los grandes intelectuales protestatarios se debe, por lo tanto, no sólo al fin de la guerra fría, sino también a la despolitización de los ciudadanos occidentales en un período de crecimiento económico y triunfo de la sociedad de consumo. El trayecto entre el ideal democrático del ágora ateniense y las irresistibles tentaciones del centro comercial ha reducido el espacio disponible para la gran fuerza demoníaca de los siglos XIX y XX: a saber, la fe en que la acción política era la forma idónea de mejorar el mundo. De hecho, el objetivo de la globalización neoliberal consistía precisamente en reducir el tamaño, las intervenciones públicas y el ámbito de acción del Estado. Y en esto, ha conseguido una victoria parcial.³⁸

38. Eric Hobsbawm, *Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2013.

Por otro lado, el crítico palestino Edward Said insiste en la necesidad de replantear la función pública del intelectual. Considera que es posible reubicar socialmente a los intelectuales y recuperar un margen de autonomía relativa ante los poderes políticos y financieros. Said propone reivindicar la figura del intelectual a partir de una reapropiación de las humanidades. Sugiere que la clase intelectual no puede limitarse a generar discursos para una comunidad especializada, sino debe construir lenguajes que dialoguen críticamente con los poderes fácticos. Su labor implica una compleja comprensión de lo social, pues debe tomar la iniciativa para cuestionar los excesos del nacionalismo, el pensamiento corporativo, las ideologías de superioridad clasista, racial o sexual.

La responsabilidad intelectual requiere una lectura crítica de la historia y la política, para comprender las relaciones de dominación que se establecen cotidianamente en el orden internacional. De esta manera, el intelectual puede estar a la vanguardia en las denuncias de ataques arbitrarios de un país contra otro más débil o señalar los casos de abusos contra una determinada minoría en cualquier país.³⁹

39. Edward Said, *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós 1994, pp. 29-30.

En otras latitudes, el filósofo boliviano Luis Tapia afirma que la autodeterminación intelectual, más que un proceso de resistencia a las presiones locales, implica un reto para la producción de conocimiento pertinente en nuestros países. Tapia piensa, apoyado en la obra de René Zavaleta Mercado, que una comunidad intelectual puede considerar el grado de autonomía de su producción intelectual a partir de su articulación y correspondencia con otros niveles de la vida social. Las influencias o determinaciones del exterior se encuentran siempre presentes. El nivel de resistencia y asimilación de las ideologías externas depende de la relación entre el poder político y las estructuras sociales ("la forma primordial", en los términos de Zavaleta). En el terreno político, por ejemplo, se debe considerar la articulación entre Estado y la sociedad civil para entender la "capacidad de resistir a las determinaciones externas y, en consecuencia, de ejercer mayor soberanía local."⁴⁰

Tapia considera, en el ámbito de la producción de ideas, la importancia de crear conocimiento histórico para estimar los alcances de nuestra

40. Luis Tapia, *Autonomía intelectual y política en Bolivia*, La Paz, Muela del diablo, 2003, pp. 15-16.

autonomía intelectual. La autodeterminación política e intelectual se encuentra vinculada con nuestra capacidad para elaborar un pensamiento desde la historia particular. Por ejemplo, la reinterpretación de nuestra historia se amplía con el estudio de los grupos subalternos y su relación con las formas de organización política. Para el pensador boliviano, la misión de los intelectuales es crear *representaciones* de nuestras sociedades aprovechando simultáneamente los saberes globales y el dominio histórico local.

Tapia sostiene que el proceso de autodeterminación intelectual y moral no viene de una pureza endógena en las ideas; para él, significa reinterpretar la historia política-social propia y articularla críticamente con la creación intelectual de otras culturas. El sentido de la *representación* sobre la diversidad social generada por los pensadores independientes, es resultado de la articulación fecunda entre la producción de conocimiento externa y la local.

Considero que un modo de ejercer autonomía intelectual es inventarse a sí mismo la imagen de su vida y el mapa de su recorrido histórico, además de los fines, claro. Esto implica que para tener una imagen verosímil de sí mismo un requisito ineludible es conocer más historia,

producir más conocimiento histórico y articular esos datos históricos en una producción de conciencia reflexiva. Al saber más o menos a qué respondemos, de dónde venimos, cómo nos hemos formado, podemos tener condiciones para pensar lo que queremos ser y qué condiciones existen para realizar las proyecciones que así elaboramos.

Uno puede ser más autónomo cuando puede explicar mejor quién es y qué (sic) es su realidad, en relación a otros discursos externos que ofertarían una explicación y una imagen desde afuera.⁴¹

Para Luis Tapia, los gobiernos neoliberales y los procesos de globalización ocasionaron el debilitamiento del nacionalismo en Bolivia – entendido como la ideología y proyecto cultural del estado liberal-. Para el autor boliviano, ese proceso agotamiento nacionalista resulta propicio para revisar la manera en que fue representada la sociedad por los intereses estatales. Al entrar en crisis los nacionalismos del siglo XX, se abre la posibilidad de cuestionar la historia oficial e incorporar al estudio de la cultura nacional a sectores sociales, proyectos políticos-culturales y personajes que fueron relegados por los discursos nacionalistas. La presencia de actores subalternos en la escena política y en medios de comunicación permite entender, con mayor claridad, las formas de

41. *Ibid.*, p. 27.

autorrepresentación que fueron encubiertas en el modelo de unificación nacionalista.

Con notable concisión, el filósofo boliviano indica que la capacidad para asimilar ideas de culturas “externas”, así como la reinterpretación crítica de la historia local, son elementos necesarios para modificar la *representación* de nuestras sociedades. Estas preocupaciones surgen no sólo desde el entorno intelectual, sino que atraviesan el ámbito de la política. La capacidad de rehacer nuestro conocimiento sobre lo social, es una condición para la reorganización de las instituciones estatales y profundizar su campo de acción. Por lo tanto, la reelaboración de la historia política y la reorganización de los sectores subalternos significan, al mismo tiempo, una posibilidad para las transformaciones sociales que ameritan nuestros países.

Por lo anterior, es importante recordar que en el primer tercio del siglo XX, dos jóvenes intelectuales latinoamericanos aportaron críticas originales a sus procesos históricos nacionales. José Carlos Mariátegui y Jorge Cuesta contribuyeron a ampliar la visión sobre la sociedad y la

política de su tiempo, adquiriendo una independencia intelectual inusitada en el entorno de nuestra América.

Los nacionalismos y su transformación histórica

El nacionalismo en América Latina tiene una función histórica. En el siglo XIX, ante la fragilidad de los nuevos estados y con la restructuración de las fuerzas coloniales, el nacionalismo surge como proyecto defensivo. En el contexto del surgimiento caótico de los estados nacionales decimonónicos, la ideología nacionalista es justificada por los actos agresivos de las potencias internacionales. Los grupos políticos que promueven las ideas nacionalistas escriben, polemizan, promueven leyes, valores y procuran dar ejemplos de moral pública. Carlos Monsiváis escribe sobre el caso mexicano:

El nacionalismo, orientación vocacional de la colectividad harta de su rostro abstracto, y ansiosa de los rasgos fuertes que imprime la creencia en el destino, infunde coherencia interna, organiza una conciencia cultural en donde sólo había admiraciones diseminadas, confiere la identidad que es, en rigor, el anticipo de las reacciones y acciones esperadas. Sin que los liberales se lo propongan en demasía,

su nacionalismo brota de las exigencias defensivas ante las invasiones extranjeras y de la ofensiva ante el desdén de las metrópolis.⁴²

En los tiempos de la consolidación de los estados nacionales, las ideas nacionalistas están impulsadas por la necesidad de crear una identidad colectiva, principios ciudadanos y un anhelo de proyecto común.

Para el siglo XX, el nacionalismo se convierte en un producto derivado de las movilizaciones sociales en la región. Con la Revolución mexicana a la vanguardia, las demandas de los grupos sociales subalternos aparecen en el escenario político. En el contexto internacional, durante el periodo de las guerras entre las grandes potencias (1914-1945), la desaceleración del comercio de manufacturas hacia Latinoamérica posibilita el momento cumbre de la visión popular-nacionalista. Los gobiernos populistas de Brasil, Chile, Argentina, México, son los principales ejemplos en la región de un modelo cuya intención fue la reapropiación de sus recursos naturales, la creación de un mercado interno sólido y la redistribución del excedente. Un nacionalismo

⁴² Carlos Monsiváis, *Las herencias ocultas. Del pensamiento liberal del siglo XIX*, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 2000, p. 27.

constructivo, a decir de Lorenzo Meyer, que surge de una coyuntura política y económica, donde la idea de soberanía política fue parte de un proyecto común en la región.⁴³

Sin embargo, los gobiernos latinoamericanos de corte nacional-popular crean un aparato ideológico-cultural que se convierte en la versión hegemónica de la representación nacional. Los principales promotores de la corriente nacionalista integran en sus programas a los sectores populares, promoviendo una susceptibilidad, un orgullo que acompañe a las acciones estatales. Es un nacionalismo por decreto estatal que funciona como medio de reconocimiento y, al mismo tiempo, de ocultamiento de la historia. La realidad política es interpretada de modo selectivo –como hace cualquier ideología política–, reivindicando históricamente a algunos grupos y proyectos sociales y prescindiendo de otros. Se trata de un nacionalismo que se convierte en visión predominante y mantiene marginadas a otras miradas sobre la realidad nacional. Por otra parte, también sirve de instrumento de legitimación de sus acciones ante la comunidad internacional. Respecto a su función externa, Immanuel Wallerstein señala:

43 Lorenzo Meyer, *Nuestra Tragedia Persistente. La democracia autoritaria en México*, México, Debate, 2013.

El nacionalismo es una identidad de estatus grupal, tal vez la más crucial para el mantenimiento del sistema-mundo moderno, que se basa en su forma presente en una estructura de estados soberanos ubicados en sistema interestatal. El nacionalismo sirve como aglutinante mínimo de las estructuras estatales.⁴⁴

Para la década de los ochenta del siglo anterior, se instalan en América Latina los gobiernos neoliberales que con sus políticas disminuyen la influencia del Estado y, en el campo ideológico-cultural, debilita a los nacionalismos con su función creadora de síntesis sobre sus sociedades. Luis Tapia considera, en un texto publicado en el 2003, que la reciente fragilidad de los nacionalismos implica un momento histórico para reorganizar y reinterpretar a la sociedad, subsanando y completando las *representaciones* elaboradas por la historia oficial.

La crisis del nacionalismo, que entre otras cosas era una forma de unidad aparente, permite un reconocimiento de la heterogeneidad interna del país, en el caso de Bolivia a través de la autopresentación,

44. Immanuel Wallerstein, *Análisis del sistema mundo: una introducción*, México, Siglo XXI, 2005, pp. 79-80.

representación y desarrollo discursivo de los grupos subalternos que a través de algún tipo de politización, es decir, de organización y de autorrepresentación, introducen estos elementos que llevan a tener una imagen más compleja de Bolivia, a la vez más real.⁴⁵

La pretensión nacionalista de representar los intereses y la sensibilidad de una unidad política, reduce y distorsiona a diversas expresiones originadas en su interior. El nacionalismo pretende subordinar a una serie de identidades alternativas. El agotamiento de los nacionalismos provenientes del siglo XX se explica por la renovada dinámica social, con una capacidad de transformación mayor que las instituciones estatales. Las sociedades modifican sus estrategias de acercamiento a la política, sus imaginarios, sus costumbres: actualizan su visión y modos de participación en la cultura.

Además, los estados neoliberales también han reducido su capacidad para controlar los dispositivos culturales y educativos nacionalistas (la enseñanza oficial, la administración de los símbolos patrios, etc.). En la actualidad, esa tarea es impulsada fundamentalmente por los consorcios de comunicación que, modificando y simplificando su sentido, difunden

45. Luis Tapia, *op. cit.*, p. 21.

los valores nacionales. A mediados del siglo XX, la eficiencia de los nacionalismos estaba determinada por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y tecnológicas estatales. En cambio, en los momentos de apogeo de la política neoliberal, la representación nacionalista depende en gran medida de los medios masivos de comunicación.⁴⁶

Recientemente, distintas organizaciones sociales independientes han destacado en el escenario político latinoamericano. Diversos sectores populares cercanos a los espacios de poder en Ecuador, Bolivia, Perú, Brasil, entre otros países, han demostrado la distancia que guardaban ante sus respectivos nacionalismos. La inconformidad contemporánea ante los proyectos nacionalistas, resulta de una malograda capacidad para realizar una síntesis ideológica de la vida social y de su tendencia política para excluir a grandes sectores. Las dinámicas mostradas por amplios grupos sociales señalan nuevas rutas para analizar, con mayor rigor, la diversidad de nuestras culturas nacionales. En el nuevo proceso de politización de las sociedades latinoamericanas, encontramos manifestaciones que renuevan los modos de hacer y pensar la

46. Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991, p.15.

participación social. Existen varios indicios para suponer que, en el afán de la reconstrucción de nuestra historia, un acercamiento atento a los movimientos sociales en la región puede mostrarnos las formas culturales que estuvieron veladas bajo el nombre del nacionalismo.

Conclusiones: Mariátegui y Cuesta como representantes del pensamiento independiente en América Latina

José Carlos Mariátegui y Jorge Cuesta son ejemplos del pensamiento independiente en nuestra América. Ellos experimentaron la condición de intelectuales autónomos ante el predominio de políticas culturales nacionalistas. Su calidad de escritores independientes no se debe solamente a una resistencia para sumarse al aparato ideológico estatal; sus biografías demuestran, en todo caso, las limitaciones materiales en que realizaron su obra. Su aportación es de mayor profundidad. Son independientes porque en su trayectoria demuestran su preocupación por pensar con herramientas propias, con su interpretación de la historia local como punto de equilibrio para emitir opiniones sobre la política y la sociedad.

Cuesta y Mariátegui problematizan la validez del conocimiento generado en su entorno inmediato. Su inconformidad ante el predominio de la ideología nacionalista la convierten en un asunto axial de su obra crítica. Desde posturas políticas distintas (el liberalismo del poeta mexicano y el marxismo del ensayista peruano) y con ambientes políticos diferentes

(el nacionalismo posrevolucionario y el populismo de Augusto Leguía, respectivamente) ambos autores emprenden una crítica en la que articulan su interpretación de la historia y una propuesta de transformación social.

Ambos se mantuvieron alejados de la retórica populista y los ofrecimientos estatales. Mariátegui era, en su regreso de Europa, un admirador del nacionalismo revolucionario mexicano. Desde sus intereses por el pensamiento socialista, veía con admiración el carácter latinoamericano del proyecto cultural vasconcelista. Años después, en 1930, expresaba su decepción de los gobiernos posrevolucionarios en distintos medio de divulgación:

El retroceso de México, en el período siguiente a la muerte de Obregón, la marcha a la derecha del régimen de Portes Gil y Ortiz Rubio, se aprecian, igualmente, por la suspensión de los derechos democráticos reconocidos antes a los elementos de extrema izquierda. Persiguiendo a los militantes de la Confederación Sindical Unitaria Mexicana, al partido comunista, al socorro de Obregón, a la liga Anti-Imperialista, por su crítica de las abdicaciones ante el imperialismo y por su propaganda del programa proletario, el gobierno mexicano reniega la verdadera misión

de la Revolución Mexicana: la sustitución del régimen porfirista despótico y semifeudal por un régimen democrático burgués.

El estado regulador, el Estado intermedio, definido como órgano de la transición del capitalismo al socialismo, aparece concretamente como una regresión[...] Se proclama depositario absoluto e infalible de los ideales de la Revolución. Es un Estado de mentalidad patriarcal que, sin profesar el socialismo, se opone a que el proletariado –esto es la clase a la que históricamente incumbe la función de actuarlo- afirme y ejercite su derecho a luchar por él, automáticamente de toda influencia burguesa o pequeño-burguesa.⁴⁷

En el caso de Jorge Cuesta, quien había tenido varios desencuentros con los gobiernos posrevolucionarios, reacciona ante los ataques de la prensa y escritores nacionalistas que cuestionan al grupo “Contemporáneos”:

¿Se trata de declarar en quiebra a quienes están en trance de cumplir treinta años? Es ésta una edad que soporta todos los pecados, todos los compromisos tras de sí; desde la conciencia de su duda hasta los

47. José Carlo Mariátegui, “Al margen del nuevo curso de la política mexicana” (1930), *op. cit.* t. I. p.p. 438-439.

discípulos tempranos y un prematuro prestigio sin fundamento. Dudo, sin embargo, que soporte el nacionalismo, el mexicanismo, que es la forma más grave, al mismo tiempo, de fatuidad y de la pobreza de recursos [...] Una generación que tiene conciencia de su propio valor, de su moral, se mantiene en crisis constante. Ninguna crisis impide a su destino cumplirse, sino que forma parte de él.⁴⁸

Cuesta y Mariátegui son un ejemplo de honestidad intelectual, lejanos a la cortesía y convenciones políticas. Ambos encontraron en el nacionalismo un instrumento de deformación para interpretar la realidad social. Es importante notar que ninguno de los dos escritores presenciaron en vida los logros más caros del nacionalismo económico en nuestra América: la apropiación de los recursos nacionales y los primeros intentos de reparto agrario. En sus breves vidas no conocieron las máximas conquista de los estados latinoamericanos, la justificación de su aparato cultural. También nos enseñaron que las políticas económicas para proteger a las sociedades de nuestra América no deben confundirse con cualquier proyecto cultural oficial. De cualquier modo, sus críticas son vigentes porque, en los años recientes, en la

48 "Lo que dice Jorge Cuesta de la crisis" en: Guillermo Sheridan, *México en 1932: La polémica nacionalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 132-133.

descomposición de los discursos nacionalistas se muestran las limitaciones y carencias que ellos denunciaron. Para su circunstancia nacional, José Carlos Mariátegui demuestra una claridad impecable:

La tesis en cuestión [la nacionalista] se apoya en algunos frágiles lugares comunes. Más que una tesis es un dogma. Sus sostenedores demuestran, en verdad, muy poca imaginación. Demuestran, además, muy exiguo conocimiento de la realidad nacional. Quieren que se legisle para el Perú, que se piense y se escriba para los peruanos y que se resuelva nacionalmente los problemas de la peruanidad, anhelos que suponen amenazados por las filtraciones del pensamiento europeo. Pero todas estas afirmaciones son demasiado vagas y genéricas. No demarcan el límite de lo nacional y lo exótico. Invocan abstractamente una peruanidad que no intentan, antes, definir.

Esa peruanidad, profusamente insinuada, es un mito, es una ficción. La realidad nacional está menos desconectada, es menos independiente de Europa, de lo que suponen nuestros nacionalistas. El Perú contemporáneo se mueve dentro de la civilización occidental. La

mistificada realidad nacional no es sino un segmento, una parcela de la vasta realidad mundial.⁴⁹

49. José Carlos Mariátegui, "Lo nacional y lo exótico", en *op. cit.*, t. I, p. 289.

Bibliografía

- Anderson, Benedict, *Las comunidades imaginarias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Aquino, Emigdio, *José Carlos Mariátegui y el problema nacional*, México, Unión de Universidades de América Latina / CCyDEL, 1997.
- Bartra, Roger, *Anatomía del mexicano*, México, Plaza y Janés, 2002.
- *La Jaula de la Melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México, Grijalbo, 1997.
- Beigel, Fernanda, *El itinerario y la brújula. El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui*, Buenos Aires, Biblos, 1993.
- Berlin, Isaiah, *Árbol que crece torcido*, México, Vuelta, 1992.
- *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Blanco, José Joaquín, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, México. Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Brading, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era, 1988.

- Bruckmann, Mónica, *Mi Sangre en mis ideas. Dialéctica y prensa revolucionaria en José Carlos Mariátegui*, Caracas, Fundación Editorial el perro y la rana, 2009.

- Cerutti, Horacio, *Ideologías políticas contemporáneas*, México, UNAM/Coordinación de Humanidades, 1986.

- *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, México, UNAM/Porrúa, 1997.

- Cornejo Polar, Antonio, *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima, Horizonte, 1994.

- Cuesta, Jorge, *Obras*, México, El Equilibrista, 1994.

- Debroise, Oliver, *Figuras en el trópico, plástica mexicana 1920-1940*, Barcelona, Océano, 1986.

- Domínguez Michael, Christopher, *Tiros en el concierto. Literatura mexicana en el siglo V*, México, Era, 1999.

- Escalante Gonzalbo, Fernando, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana, tratado de moral pública*, México, Colegio de México, 1992.

- Fell, Claude, *José Vasconcelos. Los Años del águila (1920-1925)*, México, UNAM, 1989.

- Flores Galindo, *La agonía de Mariátegui*, Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1989.

- Franco, Jean, *La cultura moderna en América Latina*, México, Grijalbo, 1985.

- Garrido, Luis Javier, *El partido de la revolución institucionalizada: la formación del nuevo estado en México, 1928-1945*, México, Secretaría de Educación Pública/ Siglo XXI, 1986.

- Gellner Ernest, *Naciones y nacionalismos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ editorial Patria, 1991.

- *Encuentros con el nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1994.

- Grant Silvester, Nigel, *Vida y obra de Jorge Cuesta*, México, premia, 1989.

- Hernández Peralta Hazael, *El universo político de Jorge Cuesta*, Tesis para obtener la Licenciatura en Estudios Latinoamericanos, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2012.

- Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 1995.

- *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1992.

- Jaramillo Salgado, Diego, *Mariátegui y su revaloración de la política*, Colombia, Universidad del Cauca, 2011.

- Kaplan, Marcos, *Formación del Estado nacional en América Latina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983.

- Katz, Alejandro, *Jorge Cuesta o la alegría del guerrero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

- Leibner, Gerardo, *El mito del socialismo indígena en Mariátegui*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999.

- Luna Vega, Ricardo, *José Carlos Mariátegui: ensayo biográfico*, Lima, Editorial Horizonte, 1989.

- Mariátegui, José Carlos, *Mariátegui total*, (edición conmemorativa del centenario de su nacimiento), Lima, Amauta, 1994.

- *Siete ensayos de interpretación sobre la realidad peruana*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 2007.

- *Textos Básicos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

- Mesenguer Illan, Diego, *José Carlos Mariátegui y su pensamiento revolucionario*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1974.

- Monsiváis, Carlos, *Jorge Cuesta: las libertades de la inteligencia*, México, Terra Nova / Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud, 1985.

- *Las herencias ocultas. Del pensamiento liberal del siglo XIX.*, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 2000.
- *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*, México, Era, 2000.
- Novo, Salvador, *La estatua de sal*, prólogo de Carlos Monsiváis, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.
- Obando Morán, Octavio, *José Carlos Mariátegui La Chira: La revolución socialista en el Perú. (Reconstruyendo el libro nunca perdido)*, Lima, Universidad Ricardo Palma / Editorial Universitaria, 2009.
- Panabiere, Louis, *Itinerario de una disidencia. Jorge Cuesta, (1903-1942)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Portilla, Jorge, *Fenomenología del relajo*, México, Fondo de Cultura, 1997.
- Quijano, Aníbal, *Introducción a Mariátegui*, México, Era, 1981
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del norte, 1984.
- Said, Edward, *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós 1994.

- Saladino García, Alberto, (Coord.), *El problema indígena. Homenaje a José Carlos Mariátegui*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1995.

Sánchez Vázquez. Adolfo, *De Marx al marxismo en América Latina*, México, Itaca, 2011.

- Segovia, Francisco, *Jorge Cuesta: la cicatriz en el espejo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Ediciones Sin Nombre, 2004.

- Schwartz, Jorge, *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

- Sheridan, Guillermo, *Los Contemporáneos ayer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

- *México en 1932: La polémica nacionalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

- Sobrevilla, David, *El marxismo de Mariátegui y su aplicación a los 7 ensayos*. Lima, Universidad de Lima/Fondo de Desarrollo Editorial, 2005.

- Souriau, Ètienne, *La correspondencia de las artes. Elementos de estética comparada*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.

- Tapia, Luis, *Autonomía intelectual y política en Bolivia*, La Paz, Muela del diablo, 2003.

- Terán, Oscar, *Discutir Mariátegui*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1985.

- Tur Donatti, Carlos Mariano, *La utopía del regreso. La cultura del nacionalismo hispanista en América Latina*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2006.

- Van Dijk, Ten, *Ideología, una aproximación multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa, 1999.

- Varios, *El ensayo en Nuestra América. Para una reconceptualización*, México, UNAM/CCyDEL, 1993.

- Varios, *El nacionalismo en América Latina*, México, UNAM / CCyDEL, 1984.

- Vázquez de Knauth, Josefina Zoraida, *Nacionalismo y educación en México*, México, Colegio de México, 1975.

- Villaurrutia, Xavier, *Antología*, prólogo y selección de Octavio Paz, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

- Walker Gogol, Eugene, *Mariátegui y Marx: La transformación social en los países en vías de desarrollo*, México, UNAM / CCyDEL, 1994.

- Zapata, Francisco, *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México, 2001.

- Zea, Leopoldo (Coord.), *América Latina en sus ideas*, México, UNESCO/ Siglo XXI, 1986.

Hemerografía

- Aguilar Rivera, José Antonio, "El liberalismo cuesta arriba 1920-1950" *Metapolítica*, México, num. 32, vol.7, noviembre- diciembre 2003.

Aricó, José, Marx y América Latina, *Nueva Sociedad*, num. 66, mayo-junio de 1983, http://www.nuso.org/upload/articulos/3064_1.pdf, (consultado el 10 de mayo del 2013).

- Hale, Charles A., "Los mitos políticos de la nación mexicana", *Historia Mexicana*, México, vol. 46, num. 4, abril-junio de 1997.

- Híjar, Alberto, "Cinco mitos sobre cultura y revolución mexicana", *Filmoteca 1*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, noviembre 1979.

- Löwy, Michael, "Comunismo y religión: La mística revolucionaria de José Carlos Mariátegui", http://revoltaglobal.cat/IMG/pdf/Comunismo_y_religion-lowy.pdf, (consultado el 10 de mayo del 2013).

- "El marxismo romántico de José Carlos Mariátegui", http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/mariategui_jc/s/mariategui_s0012.pdf, (consultado el 10 de mayo del 2013).

- "José Carlos Mariátegui y la cultura revolucionaria. Del romanticismo al surrealismo", <http://marxismocritico.com/2012/04/27/jose-carlos-mariategui-y-la-cultura-revolucionaria/>, (consultado el 10 de mayo del 2013).

- Melgar Bao, Ricardo, "Mariátegui y *Labor* (1925-1928): redes e ideas socialistas, <http://www.cedinci.org/jornadas/4/M7.pdf>, (consultado el 10 de mayo del 2013).

- Monsiváis, Carlos, "Civilización y coca-cola" *Nexos*, México, num. 104, agosto 1986.

-Varios, "Vuelta a los nacionalismos", *El Financiero*, México, 31 de agosto del 1997, pp. 45-49.